

La Dictadura del Sí Mismo

de Néstor Contissa

Introducción

El cambio histórico de los últimos cincuenta años descansa en un fenómeno inédito y absolutamente vinculado a los cambios en los sistemas de comunicación humana.

El paso de la Sociedad de masas a la sociedad mediática es mucho más que el simple cambio cuantitativo y cualitativo de esa comunicación.

Ese desarrollo, acompaña y se acompaña del proceso de cambio total de la cultura, resumido en la transición definitiva de la modernidad a la posmodernidad, sea como reemplazo o como capítulo, discusión esta última que señalaremos pero en la que no intervendremos.

La nueva cosmovisión, la construcción del individualismo posmoderno, la remodulación en las relaciones interpersonales desde el superasambleísmo de los nuevos medios hasta el chateo, es decir el definitivo ingreso a la era de las tecnocomunicaciones, se nos hace una ardua masa amalgamada desde la cual intentaremos el abordaje.

Muchas veces se ha planteado en el intento de develar fenómenos del territorio de las ciencias sociales, la dificultad que implica proponerse la tarea estando situado en pleno fenómeno.

El asunto que nos ocupa aquí tiene una dificultad adicional: estamos situados en medio del tramo final de una serie de cambios que se vienen suscitando variada pero inexorablemente desde hace poco menos de medio siglo.

La precisión del inicio de esta serie de transformaciones no es importante si no se la vincula a un especial protagonismo de los medios de comunicación masivos en la tarea de la mediación social, asunto que apuntaremos con cuidado en un momento especial de este trabajo.

Curiosamente, nos sucede a cada paso, el encontrarnos deteniendo la excavación para hacer un análisis de la pala con la que la estamos practicando. La mayoría de los instrumentos teóricos con los que avanzamos en el territorio de nuestro fenómeno han sido reforjados al calor del mismo fenómeno.

Describir el escenario posmoderno es describir el living de nuestra propia casa. Mensurar el espacio comunicacional de la sociedad mediática es abrir un boquete en la pared de nuestro baño a la espera de poder espiarnos a placer en un momento único de descuido.

Hay además en el universo de objetos y de situaciones, una redimensión de los valores, unas caracterizaciones psicosociales y unos patrones de nueva cultura, conformando articuladamente una forma novedosa de control de los comportamientos individuales y sociales. Esa forma de control nos abarca, obstaculiza y fatiga.

Hace un par de años nuestra preocupación inicial fue la de dar precisiones sobre las consecuencias que en las relaciones humanas, y especialmente en la comunicacional, habría de acarrear la aparición de las nuevas tecnologías.

Luego nos encontramos con la casi certeza de que las nuevas tecnologías han sido sólo respuestas a los requerimientos de un tipo social individual preexistente: maniquí, ciborg o muñeco del modelo cultural posmoderno.

No hace demasiado que hemos descubierto que el personaje en cuestión tiene nuestro propio rostro. Y ya estamos en duda sobre si tal rostro no es el producto de una intensa tarea de cirugía que nosotros mismos hemos dirigido desde el ejercicio mismo de nuestra obtenida "libertad".

Veinticinco años atrás había un vaticinio generalizado en el ámbito universitario del rol determinante que los medios de comunicación masivos iban a tener en la sociedad que se acercaba.

Mientras nuestras conductas de teledictos hacían una tácita aceptación de lo irremediable, en el nivel explícito o del discurso, un pudor de base conservadora empujaba nuestras primeras letras en defensa de la integridad del hombre frente a los embates de los nuevos modelos propuestos por las telecomunicaciones. Bien la penetración ideológica o cualquiera otra teoría conspirativa contra la lógica de la liberación fueron los fantasmas animadores de esas primeras experiencias intelectuales.

El primer gran descubrimiento fue el de reconocer que estábamos construyendo esos fantasmas con nuestras propias sábanas.

Aquel fue el sonrojo frente a nuestros inconfesados apetitos crecientes. En ese clima anímico se acuñaron frases como la de "caja boba " y se impuso el pundonor cuasi religioso de contener el concepto de COMUNICACIÓN DE MASAS en el más áulico y militante de COMUNICACIÓN SOCIAL.

Piero cantaba sobre LA TELEVISIÓN y "nosotros no veíamos televisión ". En tanto, las opciones de medios comenzaban a multiplicarse geométricamente interviniendo en el proceso de mediación social de una manera protagónica y el fenómeno de *telemasas* se gestaba como una eclosión en los fundamentos mismos de la sociedad.

Hoy, habida cuenta de un importante número de hechos que señalaremos en este sobrevuelo pareciera que muchos de los jóvenes de entonces han perdido la memoria.

Una educación tardía silabea todavía hoy un orden cultural agonizante en el seno de todos los niveles sociales. De allí nuestra confusión. Tenemos una vez más el libreto equivocado. Y tenemos la ambivalencia obvia de quienes están a mitad de camino entre la necesidad de trascenderse y la necesidad de comprenderse. Especialmente los que superamos los 40 sufrimos el espejismo de la comparación, reaccionando desenfrenadamente a lo que los cambios significan o sobre valorando las auras de súper liberación individual que el esquema de la posmodernidad muestra como mascarón de proa.

Es en el fondo no otra cosa que la reacción definida tan precisamente en el tango: la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser, que tan oportunamente destaca Eduardo Gruner en un prólogo a los ensayos de Fredic Jameson sobre el posmodernismo, trabajo que mencionamos más de una vez en el presente.

Nosotros aquí preferiremos hablar de posmodernidad, aceptando, más allá de las definiciones y las discusiones legítimas de este tiempo, este tiempo mismo como un tiempo diferente.

Entre la arrobada consumación de la pasión telemática de algunos y el rechazo y la resistencia del humanismo tradicional al imperio de las nuevas tecnologías debe haber un sitio no ecléctico en el que hallar un humanismo posible y no enajenado de la realidad irremisible de la posmodernidad.

No sabemos exactamente qué se hace en estos casos, sólo sabemos que no podemos dejar de ver, de mirar, de indagar, aunque nos sorprendamos de vez en cuando en la bobalicona contemplación de la pala de la excavación.

Quienes han de ocupar un lugar operacional en los sistemas mediáticos de los próximos años, o participarán en las entrañas comunicacionales de las organizaciones, tienen la opción, ya que no la obligación, de avenirse a la tarea. Quienes no, deben saber que el escenario de la vida de principios del nuevo siglo es un escenario mediático, un escenario sin *foro* en el que nadie puede escapar mediante el remanido recurso del *mutis*.

Prefacio

Ni la forma de relaciones materiales, ni la organización social, ni los prototipos de clases sociales, ni la ejecución política y sus escenarios, ni la superestructura simbólica son hoy lo que eran, y continúan en proceso de cambio, y el comunicador social como mediador será agente y paciente del cambio, pero también lo será el conjunto de la sociedad como modelo como modelador y como modelado.

Lo que pasa es un proceso, que sigue siendo mecanismo de concentración de poder por otros medios (entre ellos los medios propiamente dichos) y sigue siendo método de control social con la apariencia de una zambullida en la nada. Hay que proponerse entenderlo, aunque se nos escurra en cada intento.

No es la nuestra, comunicadores, comunicólogos, periodistas, el área de profesiones más corrupta de las sociedades de fin de siglo. Pero al asociarse de una manera tan simbiótica a las corrientes de poder actual, no le va en zaga siquiera a las corporaciones más denunciadas por la misma prensa: políticos, jueces, religiosos, militares, etc.

El poder probó los medios y los medios el poder. Una adicción mutua sin cura pronta que acelera los tiempos y catapulta a los media desde el protagonismo relativo al absoluto y desde allí a ocupar su nicho contiguo al de los otros mediadores históricos centrales del tiempo de la modernidad.

Un sitio sin relieve especial, sin preeminencia, sin trono, como el de la religión, la política y la ciencia. El hombre que no puede creerlo todo, que no puede hacerlo todo, y que no puede saberlo todo ahora advierte que tampoco puede comunicarlo todo, y que lo que comunica, se le comunica y se intercomunica, reconstruye la realidad, la amplía y la allana, es decir la revierte, la vuelve reversible.

Así el estado de cosas entre los medios y poder, los "trabajadores de prensa" de hace veinte años dan paso a la fina estrella de los sets o al laborioso traficante mediático de influencias.

Lo curioso es que éste parece ser el "héroe" contemporáneo, algo que ver con el modelo clásico de héroe invicto y menos con el mal predestinado héroe trágico del período romántico.

En realidad el héroe contemporáneo no se debate ante ninguna encrucijada, su perfil escénico es todo su perfil. Se trata en primera y última instancia de un *sí mismo* apenas destellante en la sociedad de los *sí mismos*.

Si la excelencia del hombre masa se sintetizaba con Ortega en el científico, caída definitivamente la última muralla de la modernidad, el adalid de la posmodernidad mediática parece ser este curioso héroe contemporáneo.

No estamos, por lo tanto, haciendo una prédica desde la ciudad de la inocencia, sino por el contrario manoteando a ciegas en el interior del caballo de Troya en busca de la salida que nos permita abrir a una ética resurgente los portones de esa ciudad.

Comprender el tiempo que vivimos es una manera menos agónica de vivir ese tiempo.

Estos perfiles, que iremos describiendo y detectando a lo largo de este trabajo, no son abstracciones sino innumerables concreciones detectables en el ambiente de la cultura. No es este, aún cuando declara el protagonismo mediático en el proceso de transformación, un estudio mediológico, es sólo una observación integral de un proceso dialéctico desde el plano de la sociedad.

Los medios de producción simbólica abundan en demostraciones palmarias de ese nivel de concreción. Nuestra tarea de asimilación teórica fue acompañada por el reconocimiento del fenómeno en la cotidianeidad mediática. Afiches, frases, slogans, publicidades, modos lingüísticos, indumentaria, música, medios masivos, multimedia, globalización satelital, diseño gráfico, tiranía de la imagen, son algunos de los múltiples reservorios en los que se alojan y naturalizan los rasgos más salientes de un tiempo que nos es más propio de lo que parece y menos final de finales que los intereses centrales pretenden hacer aparecer.

Acompañen nuestro recorrido temeroso simplemente mirando en derredor, en la trama apretada de simbologías creadas por el tiránico mediador social de este tiempo: el *mass media*.

Trataremos de reconocer a tientas la extensión de este cuerpo cultural en la convicción de que estamos palpando no otra cosa que nuestro propio cuerpo.

Una advertencia supletoria de orden teleológico: este trabajo está orientado a ayudarnos a reconocer la relación unívoca entre posmodernidad y sociedad mediática. El primero como cara cosmovisional de la segunda. La segunda como manifestación concreta y estructurada de la posmodernidad.

No aspiramos a clausurar ninguna discusión respecto de la naturaleza o destino, ni menos la condición epistemológica de la posmodernidad. Aunque aportamos unos puntos de vista tal vez inéditos sobre linderos a esos asuntos, la intención de este trabajo, tal vez no del todo lograda, es la de dar noción sobre el rol de las nuevas tecnologías mediáticas en la conformación de la sociedad en la que estamos metidos, delineando los modelos novedosos adquiridos por la mediación social y dibujando el perfil del hombre que somos, ineluctablemente, a despecho de todas las teorizaciones.

Capítulo Primero

El Bang Bing de la personalización

Si el Big Bang se presume proceso de expansión del universo físico, en el universo de lo humano los pasajes de la modernidad a la nueva etapa se nos aparecen en sentido inverso. Una retracción y clonación del universo de valores comunes en la reconfiguración de múltiples universos individuales de valores.

Pero, al mismo tiempo, una expansión de las posibilidades de convivencia de esos valores y una transformación por vía de la democratización de las relaciones estructurales de esos universos de valores individuales.

El proceso en el cual estamos inmersos proviene del orden referido en la educación tardía de la modernidad, pero consiste en una nueva perspectiva histórica, un sentido diferente, un individuo en un orden social y con un control diferenciado, que nos ha arrancado de ese orden anterior que tiene el principio de su agonía con la finalización de la segunda guerra mundial.

Algo ha pasado en la sociedad de masas, algo ha pasado en la comunicación masiva, en los códigos disciplinarios de la sociedad de masas, en los sujetos de la comunicación, en la modelación mediática con las nuevas tecnologías.

La sociedad de masas pare al final del siglo XX, desde sí misma y a su costa, un muy otro ser que por muy otro no deja de ser propio: la sociedad mediática.

Algo ha pasado que no es transición de un estado a otro sino mutación esencial, transformación substancial en el sentido aristotélico. Se ha fracturado el proceso de socialización disciplinario de la modernidad para dar paso a un modelo de sociedad con nexos mas relajados, basada en la sobreabundancia de informaciones, estimulación del consumo y las necesidades, con roles personales más entronizados y centrales, una sexualidad elegida y asumida. Una sociedad cultivadora de un cúmulo de valores organizados en el universo de lo personal y compartidos por consonancia y empatía, por deseo y seducción y no como parte de una superestructura de obligaciones contraídas en la forma del contrato social, como tampoco por el principio convencional de asociación grupal articulados sobre los sentimientos de pertenencia y referencia. La organización social descansa sobre principios muy diferentes.

Una organización orientada a disminuir las exigencias y aumentar las opciones de elegir, con prevalencia hedonista sin que el hedonismo sea central, comprensiva, atada a lo fáctico y sin lecturas superestructurales, con ideologías individuales construidas por adquisición de retazos más o menos acomodados y añadidos en las historias personales, con especial incapacidad de abarcar el futuro y con un deliberado desinterés por el pasado mucho más ligado al desencanto que al desprecio.

Finalizada la formación que el autoritarismo de las ideologías centrales de la modernidad imponían alternamente desde el siglo XVII con mecánica precisión, queda un amplio *hall* de entrada para el desarrollo de la concepción holística y la amoralización de las investigaciones físicas, dos caras antagónicas de un mismo proceso. Es decir, por un lado se abre la puerta a la esclavitud de los tecnólogos y a su conducta críptica sin otra ética que la ética de la construcción y de la búsqueda y por otro, sin contradicción ni beligerancia con lo anterior, el imperio de la inter disciplina, la gestalt y el unicismo.

Esta convivencia incongruente se repite en series de parejas infinitas a través de todos los asuntos humanos de la posmodernidad, y obedece a una relación de tipo primigenia y por lo tanto original. En los últimos cincuenta años dos modelos transicionales han convivido, gestando uno y retroalimentando el otro, en un complejo pero inexorable proceso de mutación.

La modernidad de educación rigorista, preceptiva, maniquea en la estructuración por oposición ejemplar de los valores, deja de gestar su pendular entre los momentos de quietud conservadurista y la brusca aceleración de los cambios en los momentos revolucionarios.

Por alguna razón el sistema se ha detenido. Un mazazo ciclópeo ha aplastado la espiral hegeliana convirtiéndola en una armella chata, en una planicie.

Todo es: imprescindiblemente.

Todo es: contiguamente. Todo es: simultáneamente.

Todo es: sin exclusiones, sin contradicciones fatales, sin jerarquía de intensidades.

Ya que nadie pregunta, unos pocos se preguntan qué ha pasado y animan alguna que otra desolada respuesta sin despertar por cierto gran interés en la masa ensimismada.

Del proceso de socialización al proceso de personalización

Sucede que las últimas generaciones se han ido reforjando en un doble modelo. Por un lado el proceso de socialización disciplinario: incorporador funcional, asimilador cultural, embrague de la conciencia colectiva. Por otro lado el proceso de personalización: motor de la realización personal, forjador de la autoconciencia central, miniaturizador y clonador de valores, principio de organización del nuevo universo.

Al mundo de las permanencias, de los grandes preceptos, de la moral más o menos común, se le adosa el mundo de la fragmentación, del personalismo, de la fugacidad, de la secuencialidad, de la sumisión de todo el universo al universo del individuo.

Esta disposición de las existencias aparenta pulverizar el hilo conductor de toda preceptiva humana: la historia. De allí los augurios conceptualmente precarios que forjaron la idea original que se ha dado de este tiempo y que ha sido corregida, dada la dimensión del nuevo fenómeno, por el propio "lanzador" de la idea, Francis Fukuyama, de una manera no exenta de patetismo.

Lo que apresura suponer que la historia habría terminado es la imposibilidad de reconocer guías, modelos humanos, cosmovisiones hegemónicas que siempre han sido evidentes en los procesos de la historia. No hay Napoleones, ni Hitlers, ni Alejandros, ni Platones, ni Nietzsches, ni Dalés. Hoy, como diría Benedetti, **TODO EL MUNDO ES ALGUIEN**. Independientemente de que la historia no puede reducirse a una suma de relatos biográficos, la impresión de este tiempo es la que da como resultado el ensanchamiento del horizonte del protagonismo personal.

El Yo posmoderno es la medida de todas las cosas.

Ese yo abriga la duda ya no como un instrumento de la mayéutica para llegar al conocimiento, sino como un derecho inalienable a supeditar en el *sí mismo* toda verdad. Por eso hoy, en el mismo individuo puede convivir el racional ingeniero de sistemas con el crédulo practicante de religiones pseudo animistas. En él, como subrayaremos, puede convivir sin interferencias el afecto al cálculo como la devota fe en el alma de las piedras.

Y todo porque **se** lo quiere, **se** lo desea, **se** lo permite y, básicamente, **se** lo prefiere.

La libertad no limita en la verdad, ya la verdad no es continente de la libertad, sino que la trasciende.

El valor de verdad no está determinado por la convención social ni por el peso estadístico, tampoco está regulado por una lógica, y no está regido por la conveniencia hedonista. En esto no hay que confundirse, el valor de verdad está diseñado por el ensimismamiento.

La libertad se realiza en el *sí mismo*, y cada cual realiza la libertad en cada cual. Libertad vero asimilada ya que no, verdad liberadora. Al menos no en el sentido original de la libertad moderna.

No vamos a discutir aquí si esta irremisible realidad ensancha o angosta el horizonte del humanismo. Hay quienes sostienen que lo sepulta. Lo que nos importa es subrayar la convivencia de los procesos mencionados y comenzar a detectar sus efectos concretos presentes y presuponer los futuros.

El hecho sin prédica ni discusión es que los principios de la vieja convención social se diluyen aquí y allá.

Hemos recibido una educación autoritaria, vertical, acrítica, mecánica, consistente en la inmersión del individuo en reglas unívocas, con minucioso interés en la disolución de las diferencias y de las preferencias y subsumiendo todo en una especie de superdoxa universal, ley de homogeneidad absoluta que, en el marco político puede expresarse en el concepto de voluntad de conjunto o voluntad general, en el marco jurídico en las convenciones y en el socio cultural por la ética y la moral. Siempre universal, siempre exterior al individuo siempre como referente, prospecto y paradigma.

Pero así como recibida, la pócima ha resultado en los últimos cincuenta años no sólo inocua, sino contraindicada. **Pues lo cierto es que la subordinación de lo individual a la normativa relacional colectiva ha sucumbido.**

El proceso de apropiación de valores dio paso al proceso de adecuación de esos valores al tamiz individual, y el proceso de adecuación ensanchó la base operacional del proceso de personalización creciente.

María Cristina Rojas, en un interesante trabajo sobre el niño en el final del siglo describe sugerentemente: **“Transitamos un momento histórico intenso y tumultuoso, en el cual los referentes socioculturales y familiares que sostienen y enmarcan las subjetividades se han visto y se ven conmovidos. En períodos de cambio abrupto como el presente, la inestabilidad del marco afecta sin duda a los sujetos y el acontecimiento social desborda en ocasiones las posibilidades psíquicas de significar y anticipar, pudiendo adquirir de este modo potencialidad traumática, en especial para el niño, amenazado así de desvalimiento psíquico.**

Hoy, la generación adulta enfrenta la vacilación de convicciones básicas que dieron cuenta de su ubicación en el mundo. Se ve afectada por un lado por la caída de los ideales que sustentaron su identidad. Por el otro, el desarrollo tecnológico veloz e impredecible en sus efectos y prosecución da lugar a fenómenos tales como las nuevas modalidades de engendrar a un ser vivo, que afectan radicalmente la vida familiar. Fenómenos a los que el adulto no ha podido aún dar significación y metabolizar. ¿Cómo transmitir entonces al niño estos hechos cargados de incertidumbre y sin sentido? ¿Cómo prever la eficacia psíquica de novedades de tal magnitud? En tanto las propias respuestas se ven coartadas y no dan ya cuenta de una realidad cambiante y sorpresiva, los adultos ven entorpecida la tarea de transmisión intrínseca a la crianza del cachorro humano y la factibilidad de ofrecer ciertas convicciones y respuestas que introduzcan a los descendientes en el complejo mundo de las elecciones singulares.”

Si esta advertencia se valida plenamente es, antes que por ningún otro factor interviniente, porque la presencia protagónica de la mediación mediática ha modificado esencialmente el ambiente humano.

A pesar de la referencia a otras influencias tecnológicas, las tecnologías aplicadas a la interrelación humana son las que comandan el cambio. El niño verá gradualmente el reemplazo del proceso de socialización por el de personalización. Decir lo verá es apelar a una descripción verbal pobre. Más apropiado sería decir que lo vivirá como la opción de opciones, la paradójica obligación de elegir sin poder elegir no hacerlo.

Así se fragmenta el firmamento del viejo orden. Así se flexibiliza la organización humana, reorganizando los pedazos en torno al individuo y clonando indefinidamente el proceso en interminables cadenas de propagación, democratizando en el evangelio del máximo de elecciones y del menor número

de coerciones, abriendo la puerta al derecho a desear todo lo deseable y restringiendo las oposiciones, las restricciones y las represiones. Organizando, en fin, el micro universo de la libertad ensimismada.

Con el primer acercamiento puede parecernos una aventura hacia el futuro, una incursión en un mañana impensado de hiperlibertad. Pero tantas cosas han cesado en cuatro décadas, la pugna de clases por ejemplo, que también es dable pensar que es tiempo de puro inmovilismo. Además, sabido es que la evolución o el progreso es material de medida arbitraria.

Hay quienes sostienen que todo tiempo pasado fue mejor, y por el contrario quienes dicen que cada vez es superior el hombre y sus condiciones más allá de las paradojas en las que se encuentra encerrado: Hipertecnología y hambre, sanitarismo científico y epidemias medievales. Pero estas dicotomías en las que se asientan las más disímiles teorías sobre la condición del hombre actual, no son producto de este tiempo sino del precedente. Lo que es inédito es su convivencia sin complejo y su aceptación fáctica por parte de un conglomerado social cada vez más enterado y cada vez más desentendido.

Y mientras tanto: la ecología, las causas de la vida, la libertad de ser, la lucha por el aire limpio, los productos naturales, la higiene, la pureza, se constituyen en elementos de la superestructura cultural expresa en símbolos de la posmodernidad en el área de las creencias y el consumo, y ajustan perfectamente en el modelo permitiendo la coexistencia de estas ideas con el ejercicio libre del deseo ensimismado.

La disminución de los índices de suicidio en el mundo es notoria y constante desde el fin de la segunda guerra hasta el fin del siglo. A pesar de las presiones sociales, de la hipercompetencia, del ultra individualismo y de insolidaridad la gente se mata menos en términos relativos.

No hay contradicción, porque el agente, el *sí mismo* une y da coherencia a todo. Es el YO posmoderno, el *sí mismo* el que lo hace en ejercicio de su libertad individual.

Lo que se anuncia en estas referencias es un cambio en la localización del individuo respecto del resto de los contenidos que componen lo que, en términos aún modernos, llamamos humanidad. No se trata de la exacerbación del individualismo modernista sino de la realización de uno nuevo, distinto, más conductual que ideológico.

¿Qué otro individualismo?

El individualismo convencional es una construcción superestructural de las clases dominantes, inductor de las conductas sociales que sostienen las relaciones de dominio y conspiran contra la organización de clases en la pugna por el poder. También, y ya en terreno fáctico, el individualismo modernista es una respuesta "natural" del hombre moderno frente a las presiones de un ambiente social hostil y económicamente desfavorable en el sentido de altamente competitivo. Es además el modelo más adaptado para funcionar como polo vivo en las sociedades del "éxito".

El individualismo ensimismado de la posmodernidad, en cambio, no se debate en el terreno de la totalidad social sino que, "respetuoso" y "tolerante" por definición de la individualidad diferencial de los otros establece su "espacio" en el terreno de la realidad para sentarse a diseñar su existencia.

He aquí que el individualismo ensimismado no es hijo ni resultado aritmético del anterior, por el contrario, muchos de sus elementos constitutivos se parecen más a la moral de la coexistencia solidaria que al salvaje principio del capitalismo darwiniano del "sálvese quien pueda".

Por supuesto que esto no impide que el Yo ensimismado florezca turgente aquí y allá en las cruentas sociedades del capitalismo tardío de fin de siglo. Lo que queremos precisar aquí es que este individualismo contemporáneo no sólo que no es consecuente del clásico sino que nace de padre y madre modernas en conflicto, es decir: tanto del materialismo fáctico de la organización capitalista como del materialismo científico dialéctico que describe las relaciones del sistema y propugna una política revolucionaria en fundamento a una superestructura de solidaridad, igualdad y fraternidad.

No podía ser de otra manera, pues los principios de la libertad pendulantes en las ideologías de la modernidad fueron inscriptos desde los primeros años de la posguerra con las mismas herramientas propuestas por el proceso de socialización. De allí que la convivencia de ambos procesos, como ya apuntáramos, socialización y personalización, produzcan un salto cuántico en la constitución del nuevo individualismo.

Un individualismo en el que prima la realización de lo personal como condición de partida. El destino ensimismado reemplaza al destino del hombre, la trascendencia de la especie y las teorizaciones sobre la súper humanidad se conforman con un viaje “cósmico” por el interior del individuo por vía de la meditación y los sahumerios.

Ese recorrido “destinado” se resuelve, en términos de soberbia relativa, desde la soberbia del destino inmanente del hombre hasta la soberbia de una vinculación de ese destino con el propio individual y personal.

Un individualismo que exige sin discusión el respeto a la singularidad subjetiva, más allá de cualquier jerarquización, más allá de cualquier valoración.

Un individualismo que reclama para sí desde la valoración de los “factores humanos “ el derecho a ser sin límite.

Es decir, contiguo a una formación inducida, venerada y heredada, se nos aparece rutilante la revolución desde el presente y no desde el pasado, la revolución por el presente y no por el futuro, es decir: La desaparición del legado y del destino.

Aquí y allá la angustia existencial ha perdido los signos de pregunta.

Ya el espíritu moderno ha dejado de interrogarse por el *soy* y por el *hacia dónde*. Si alguien intentara una pregunta trascendente sobre el destino de la humanidad, el hombre singular de la posmodernidad respondería: no sé, yo por ahora elijo no ir a ningún lado.

De igual forma el ensimismamiento no interroga más por el origen. Las historias de la especie se han trocado en la búsqueda de las raíces familiares del individuo ensimismado o en el hurgar en las entrañas de la hipermemoria en búsqueda de las experiencias de las vidas anteriores. Hay más interés paleontológico en la reconstrucción del mundo del jurásico que en hallar un rasgo de la esencialidad humana en la búsqueda del eslabón perdido.

Y más: la imposición de la casualidad como causalidad, el reemplazo de las causas primeras y últimas por las causas únicas del presente único.

Y más: como reemplazo y consecuencia de la preceptiva moral, religiosa o ideológica, los regímenes dietéticos y la medicina alternativa, el tai chí, y la vida de 24 horas programadas sobre un gigantesco menú opcional, en donde el valor principal no es la libertad sino el derecho a la libertad, puesto que la primera es un valor moderno genérico y externo al individuo del aquí y el ahora posmoderno, en tanto que el derecho a la libertad es un ejercitable músculo preciso y concreto del individuo del aquí y ahora posmoderno.

De allí el destacado respeto por las diferencias, y la convivencia de valores supuestamente contradictorios desde sus orígenes en el esquema general del universo de valores construidos en el mismo individuo.

De allí la veneración a la liberación personal, a las “revisiones” de vida, a la sinceridad del desenfado, a la despreocupación y al renacimiento diario.

Si comparamos los dolores de parto del cambio entre la modernidad y la posmodernidad observamos que al inusual y crucial salto del converso moderno, pagado con fanatismo fundamentalista, procede el modelo posmoderno a las mutaciones constantes, los cambios de parecer, los innumerables

cruces del Jordán, pero apacibles, felices, conceptuados como pasos en la constante superación personal, sin gestos esforzados, con el “aval de la naturaleza”.

Las reglas colectivas de la modernidad ya no subordinan al individuo.

Las normas, los valores (si fuese posible utilizar el mismo término para conceptos tan distintos) ya no son externos al individuo en colectividad, ya no aparecen como una superestructura. Su universo personal contiene *sus* valores escogidos del menú por él y a su capricho, modelados a su parecer en la forja de su yo individual, y permeados constantemente por la aparición de otros valores con los que convivirán en un simple estado de contigüidad.

Estos valores, ya dijimos, están organizados en el universo de lo personal y compartidos por consonancia y empatía con el resto de los universos individuales con los que se comparte el espacio existencial. Pero no están como parte de una superestructura de obligaciones contraídas en la forma del contrato social, norma continente de los individuos de la modernidad.

En el tiempo anterior, los modelos políticos, las formas de la producción, la religiosidad institucionalizada, la educación, la moral pública y privada, procedía al sometimiento de lo individual a estructuras normativas rígidas, uniformadas, rasando las diferencias individuales, las particularidades, las idiosincrasias y hasta el genio.

El imperativo era la voluntad general, concebida como bien común. El rasgo era la homogeneidad, lo estandarizado, la supremacía del mayor número estadístico.

El carácter general revolucionario se enamora sobre un valor pedestal que es desconocido en el tiempo de la posmodernidad: La abnegación. Aunque parezca restrictivo y aún más, reduccionismo, no nos apartaremos, al menos en esta primera parte, de la precaria concepción de la moral como un principio sistemático de organización funcional. En este sentido no hacemos juicio de valores.

El rasgo mas definido es también paradójico: es el tiempo de la muerte del destino, es el tiempo del final de finales, del arribo al inmovilismo, es el principio dominante que argumenta la llegada del momento del fin de todas las cosas sin que se prevea el comienzo de ninguna, la ya subrayada muerte de la historia, la perspectiva de una horizontalidad sin horizonte, un camino sin trazo, un arribo permanente sin partida alguna.

Es la plataforma sin nave y la nave sin viaje.

De la plaza a la pantalla, del '68 al '86

Las desapariciones culturales no son por arte de encantamiento. La escena cotidiana de nuestro mundo de fin de siglo está poblada de visitadísimos museos, de una arqueología que está viva y coleando y de osarios presentados al estilo vidrierista de Andy Warhol.

Así vemos aquí, en el fondo del salón, sindicatos, partidos políticos, iglesias o estructuras de culto, campus castrenses, ateneos de aculturación nacionalista o marxista, etc., gabineteados y perifollados para la visita funcional del desaprensivo ojo del elector ensimismado.

Estas viejas estructuras, ya reasimiladas por la *cuarta dimensión de superficie* de la que hablaremos más adelante, componen el background de elecciones múltiples y están repantigados en sus displays, como algunos canales con poco *tune*, sólo para ser contados como una opción más en el recorrido del zaping y jamás visitada como una opción de preferencia.

Si ustedes consultan a los guardias nocturnos de las redes de televisión por cable, sabrán que los reclamos por caída de señales, sin embargo, son de lo más variados, da igual un canal sensacionalista de noticias, un latinoamericano de guaracha, uno de documentales o la cinevideoteca más actualizada. Siempre habrá reclamo por la señal caída. ¿Por qué? ¿Será que en el proceso de nivelación de intensidades de preferencia todas estas opciones valen igual?. Pareciera que no.

En realidad lo más acertado es que cada señal caída significa una merma en el arco iris electivo, una reducción en la única libertad indiscutible: la libertad de amplitud de elegir, el ensanchamiento de las opciones es el ensanchamiento del universo de posibilidades y disponibilidades que "realiza" al *sí mismo*.

Con todo esto por verdad, partidos políticos, sindicatos, instituciones religiosas y toda otra especie de status de modernidad permanecen en versiones descafeinadas componiendo el modelo general de opciones funcionales del mundo contemporáneo. A mi hijo de cuatro años le es difícil entender que los cowboys no existen en realidad, que sólo son una reproducción mediática con entidad mediática. Seguramente en una decena de años tendré que dar explicaciones similares cuando le hable de la existencia o no de estas instituciones. Mientras tanto en la sociedad mediática, cowboys y candidatos, curas y Seat Bull, compartirán la proporción magistral de la pantalla como realidades absolutas.

La comunicación como factotum de las evidencias hasta el límite mismo de la obscenidad, como puntualizara Baudrillard, se convierte en el fenómeno de toda identidad. Comunicar es más que ser, no sólo lo supone sino que lo posibilita. No se es sin ser conocido. Estar es aparecer. La superficie de la realidad es la de la pantalla. La ocurrencia es siempre y sólo su representación. Lo que no entra en el sistema está fuera de la conciencia global colectiva y, en tanto dato perdido, fuera del "mundo".

Allí el medio masivo impera, al menos momentáneamente. Su idealidad lo ha preservado de la declinación de los otros grandes mediadores. Su omnipresencia y su superrealidad le han otorgado condición de inefabilidad. Los medios son la interhumanidad y la nexión básica del ambiente humano.

¿Que se supone que ocupa el lugar de la reacción? Poco y nada, o mejor, fuerzas centrífugas que no pueden conducir ni al cambio ni al estallido sino que, por el contrario, como replanteamos más adelante, consolidan el sistema.

El asunto de la liberación de consumos ha pasado a ser una causa de la libertad, del derecho individual, de la libre determinación de los pueblos. Se predica no como un derecho del niño sino, por el contrario, como un derecho cercenado a los adultos. Y esto vigorizado por la lucha contra la penalización, un invento extremis de las jóvenes democracias de los países recién ingresados a la batisfera de la globalización.

Es así. Insólitamente así. Y casi nadie se da cuenta.

Es que es difícil que el pez advierta la existencia del agua. Estamos tan metidos en la cultura de la *sociedad de la droga*, como alguna vez la bautizara Elías Neuman, que no nos hemos dado cuenta que aquí las voces que se escuchan en aparente discusión son las del mismo lado. Nos sorprendemos repitiendo frases sin análisis, practicadas ya que no predicadas por los monologistas del establishment simbólico que se nos presentan en falso enfrentamiento.

Desde allá agitan la historia clínica, los palos de la represión o campañas publicitarias ñoñas. Desde acullá levantan pancartas acudiendo a la historia, la antropología y poniendo la cuestión como un asunto del progresismo, del humanismo y del espíritu libertario en lucha contra la opresión.

En realidad todo es lo mismo o, para mejor decir y no ser injusto con los inocentes, hay de lo mismo en todo.

De los primeros para qué hablar. A poco que se los investigue saltan en forma de psicópatas inquisidores, moralistas de puñal sangriento o narcopolicías.

Pero de los segundos el juicio de valor no les da mejor signo.

Porque resulta que los mismos que reniegan de la sociedad de consumo piden a gritos la liberación de la marihuana. Aseguran ante el auditorio que esta sociedad hipócrita que habilita al vino, la aspirina y el tabaco le niega a la cannabis una góndola al lado del yogourth.

No se trata de los contestatarios de los sesenta que enfrentaron a todo el sistema del capitalismo tardío en un movimiento que Marcuse denominó de la “contracultura”. No se trata del beatnikismo, ni del hippismo, que enfrentaron al sistema allí en dónde el sistema más siente los golpes. Los pibes de entonces, no solo salieron a hacer barullo. Se refugiaron a un lado del sistema, se fabricaron la ropa, se plantaron sus propias plantitas, se idearon un modelo clánico para reemplazar a la familia, se pusieron de culo a la famosa sociedad de consumo.

El objetivo era tan claro como destinado al fracaso: atacar al consumismo dejando de ser consumidor. He ahí la verdadera revolución a la que hoy no se le anima ninguno.

Los libertarios de hoy, por el contrario, dicen enfrentar a la sociedad unidimensional del consumo, exigiendo que se incluya un artículo más en los catálogos. Parece patético, pero es sistemático, es decir: propio del sistema.

Es que el sistema reproduce el riesgo, sus antagonismos, sus aparentes enemigos, convirtiéndolos precisamente en un artículo más para exponer en venta. El sistema se cura en salud. A los muchachos de entonces (beatniks y hippies) los aplastó con las fábricas de sandalias, la moda flower y el nuevo sistema de vacaciones largas que arrojaron a muchos jóvenes a la deriva del mundo inaugurando el turismo “rante” que igual suma en la caja del turismo internacional. Y si la “protesta” cuestionaba al sistema, el sistema le ponía precio y lo incluía en los rankings de los más vendidos.

Y así en todo. La poesía, los creativos, el punk, lo kirsch, el potlach, el cine independiente, lo underground, la literatura alternativa, los graffitti, el porno, la filosofía oriental, el ecologismo, la holística médica, la herboristería, el naturismo, y cualquier otra cosa que aparezca en el horizonte no integrado del consumo no-sistema.

Palo, precio y a la bolsa. A integrar el gigantesco display del horizonte electivo del hombre contemporáneo. Si la libertad no puede ser profunda que por lo menos sea ancha.

Hoy, instancia avanzada de ese permanente proceso de conversión, los gritos libertarios del humanismo progresista piden liberar el consumo de las drogas. Lo cual no aparece mal si el asunto pasara por quitarle la penalización, metodología que, además de inoperante, pone en riesgo otros derechos mucho más importantes que el de abombarse con cualquier psicotrópico.

Pero el sentido de la gestión va más allá. En España, como ejemplo, igual que en otros muchos países europeos, el consumo no es penado. Allí igual afloran los movimientos por la liberación de la venta, asunto que también es planteado como parte de la lucha del movimiento libertario contra la “hipócrita sociedad de consumo”.

Millones de adictos al trabajo, al sexo, al alcohol, al éxito, a las drogas, al solipsismo o a cualquier otro producto del sistema viven aprisionados en la búsqueda de una salida a su frustración en la sociedad de la droga, sociedad en donde la única dimensión humana reconocible es el consumo, patrón del ser, del trascender y del existir. Y eso no lo ven ni los unos ni los otros.

El mal es transparente. Se instala sobre los hechos, las cosas y los seres para hacerse indescifrable, oculto por ductilidad, indetectable e indiferente al conjunto de hechos, cosas y seres que componen el mundo humano.

Ya no es el mal como antes: una oposición al bien, sino una transparencia instalada sobre la superficie del viejo antagonismo entre el bien y el mal.

Este es el mundo que por no desesperado cuando debiera, se vuelve desesperante. Con la caída del muro comprobamos lo sospechado: que el comunismo preservaba la ficción de los valores occidentales,

que todo el sistema se traga a sí mismo y se reproduce indefinidamente, que el mundo que se ha construido de esto es, como la raíz de la Mandrágora, apenas una apariencia de lo humano.

El sistema es metastático. Ya casi no hay nada que no sea él.

¿Cuál es la clave de la desnaturalización o de la renaturalización? No hay cabal seguridad en lo que vamos a plantear como respuesta. Pero de cualquier modo nos parece honestamente que es lo más seguro, lo poco probable pero probable, la única medida a la que podemos echar mano.

¿Qué ha pasado con la renaturalización de lo colectivo?

Durante los últimos veinticinco años la mengua de la manifestación popular es el dato diferencial. El espacio público, tal como se lo concibe en la Grecia clásica, se lo registra en el inicio del romanticismo de la democracia burguesa y se lo prefigura con los movimientos de masas del siglo XX ha desaparecido. No sólo como herramienta de lo político, sino como demanda social.

La plaza de la vindicación y del manifiesto que estallaba frente al establishment se ha resuelto en las módicas versiones de los recitales musicales que huelen parecido pero que, una opción más, son solo una visita guiada al zoológico en donde la masa activa es el animal estrella.

No hay nostalgia en la apreciación. No hay nostalgia en ninguna de las apreciaciones que preceden y siguen a esta. Nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio, dice Serrat.

Lo que queremos sentar es este principio a discutir: lo popular es sólo el correlato, en medida estadística, de una realidad desustanciada que no tiene lugar en la realidad actual.

Lo popular ya no significa, pues sólo se expresa en el número.

Lo popular era contenido consagrado por el número y expresado fácticamente en la plaza, en la esquina, en el ámbito natural de las mayorías. Hoy esos espacios no existen. Avergüenzan al discurso político y, hasta el héroe mediático prefiere llamar lo que le precede popular como “público”, básicamente para delinear con un rimmel posmoderno su carácter de espectador. Lo popular ya no es.

Tal vez no haya muerto, pero no es, ha cesado.

Una estadística sin significado ocupa un lugar de su lugar.

Esta transformación tiene operador eficiente en las nuevas tecnologías por un lado, y en el traslado del escenario social de la plaza a las pantallas de la televisión y las PC y otros escenarios mediáticos. En términos operativos, las nuevas tecnologías han sido básicamente “conectores” entre los diferentes medios de comunicación existentes, generando desde la formalidad una supremacía de la imagen y desde el contenido la apropiación mediática de los códigos masivos.

Pero en términos más globales la significación de las nuevas tecnologías en el rediseño social y cultural se expresa en su rol de embrague entre lo público y lo privado en materia comunicacional.

Tanta ha sido la eficiencia de ese rol de embrague, que la frontera clásica que separaba lo público de lo privado ha prácticamente desaparecido. La elección sexual otrora ámbito de la privacidad se define en público como un derecho del hombre. Es una razón política. Por su parte ya casi nadie atiende a los debates legislativos sobre razones de Estado.

El espacio de la plaza pública como concentración de voluntades, como contundencia en la relación inseparable de voluntad y número en la expresión de la política, como centro y consagración de decisiones colectivas ya no existe. En su lugar la expresión individual recorre las redes informáticas para sentar su voto electivo y configurar el número estadístico de la aprobación. En su lugar, los sets y los conteos

telefónicos, representan la simple voluntad del número sobre proposiciones tan variadas como la preferencia entre Mercedes Sosa y Soledad, o la cadencia del Reggae y la síncopa de Sombras. En su lugar los “sondeos de opinión “ escanean el horizonte consumidor en la delineación de los nuevos productos. En su lugar los test callejeros, las “encuestas” de cámara en dónde el soberano se expresa consultado sobre Borges, Maradona o Pirandello, en la recurrencia al número como medida única de cuantificación como calificación. En su lugar también, bueno es decirlo, la asistencia y la corroboración de cualquier rincón de la realidad a partir de la contrastación permanente que propone la interactividad y los nuevos sistemas de distribución informativos especialmente los que descentralizan la imagen del emisor.

Este es el punto: la pantalla (por ponerla no caprichosamente como representante de la institución mediática) se ha ensanchado abordando el terreno de la privacidad individual con la aprobación alborozada del *sí mismo*, quien siente que puede opinar sin conciliar, sumar sin consensuar, participar sin conceder, exponer sin contrastar, evaluar sin ser sometido a evaluación alguna.

Los límites de la institución mediática se han corrido con paralela gradualidad al del ensanchamiento de los del yo ensimismado, rompiendo además la barrera racional e institucional que separaba lo público de lo privado.

Aquí yace uno de los principios articulares entre posmodernidad y sociedad mediática, puesto que además de unidos en una relación superestructura / estructura, están vinculados como cosmovisión / soporte material.

Como apuntábamos al principio: las nuevas tecnologías han sido sólo respuestas a los requerimientos de un tipo social individual preexistente: maniquí, ciborg o muñeco del modelo cultural posmoderno.

El *Sí mismo* que encuentra su herramienta de entronización y se apresta a ejercer la dictadura.

Capítulo Segundo

Tecnología ensimismante, ensimismamiento y más tecnología.

Que el mercado diseña los gustos del consumidor es una teoría muerta en el tiempo del *scanner*, rastreador de gustos y diseñador estadístico de productos.

La revolución tecnológica es el resultado de la revolución tecnológica que se extrae a sí misma del fondo de la historia tomándose de sus propios cabellos como el barón de Munchhausen, y la cosmovisión posmoderna es el resultado de la posibilidad tecnológica. Es como si el muñeco de Frankenstein se hubiese armado a *sí mismo*.

Lo cierto es que un proceso de velocidad geométrica allanó el camino del ensimismamiento. Veamos algunos hitos reveladores.

Todas y cada una de las consideraciones que se han hecho y que aún se hacen sobre el futuro de la Comunicación de Masas parecen acelerarse enloquecidamente en este último tramo del siglo. Esa velocidad la imprime el mercado de la demanda.

Tres etapas bien diferenciadas en el desarrollo de las tecnologías de comunicaciones han tenido una influencia decisiva en esas transformaciones y en esa aceleración. Las tres responden sin embargo a un sólo desarrollo científico tecnológico: la digitalización.

La definición del mensaje televisivo con la aparición del medio ya popularizado en todo el planeta sobre la mitad de la década del 50, la implementación del satélite como nexo y transporte y el desarrollo de nuevas tecnologías en redes (entre la que descolla la fibra óptica) son los factores principales que están produciendo profundísimos cambios en la comunicación humana.

En general, las consideraciones que se hacían primariamente sobre este futuro fueron, en gran medida, las que se hacían sobre el futuro de la sociedad sobre parámetros de la moralidad moderna.

Ya las hemos vistas vestidas con el lujoso ropaje de la fantaciencia, enmarcados en ciertos casos en una utopía feliz y en otros con el molde de una siniestra sociedad robotizada. Los mundos casi trazados en prospección por H.G. Wells, Aldous Huxley, Fritz Lang y el propio George Orwell fueron, si bien dispares y discrepantes, unánimes en el sentido preponderante otorgado a los medios de comunicación.

Las profundas críticas a la propaganda del estado y su capacidad de influencia están patentizadas tanto en *La Máquina del Tiempo*, como en *Metrópolis*, como en *1984*, como en *Un Mundo Feliz*. Todos coinciden en el peligro de la manipulación, y en que el protagonismo de los medios será decisivo a la hora de diseñar la sociedad futura que se avecinda.

Hoy, con muchos datos e indicios más de los que contaron estos autores, ya no es necesario imaginar un cine futuro tridimensional, táctil, oloroso y hogareño. Sabemos ya del cine indiscriminado con la profusión del Video Home, y sabemos además que la proliferación de cámaras en el mercado doméstico está generando una multiplicación de producciones personales que inundan el universo de la comunicación.

Si en las primeras dos décadas los nuevos medios de telecomunicación se presentaban como continuación y ampliación de los ya existentes, de la lentitud al vértigo se han ido constituyendo en modificadores de las formas de distribución y producción de mensajes, lo que ha establecido ese puente mecano instalado entre el ámbito público y privado de esas formas de distribución y producción.

La televisión optada, a la carta, que posibilitan los nuevos sistemas de transporte múltiple, pone en la mano-guía del telespectador la elección sobre un centenar de señales y que, en breve llegarán al millar. La multiplicación de opciones ha producido la especialización de la producción del mensaje televisivo.

Sabemos que esta atomización impresionante, esta megafragmentación de las comunicaciones traerá consecuencias y que, de hecho, ya estamos presenciando alguna de ellas.

Algunos autores sostienen que la historia de los medios de comunicación de masas debería situarse con la aparición del libro impreso.

Esta visión parece plausible si se mira únicamente el eje cuantitativo de la definición de comunicación de masas.

Lo cierto es que con la misma proliferación de los medios ya no se sostiene como en un principio, que la comunicación de masas sea cualquier tipo de comunicación capaz de llegar a un gran número de personas de manera más o menos simultánea.

Lo cierto es que si la comunicación de masas es un tipo especial de comunicación producido a nivel de la sociedad global, y que se diferencia no sólo por ser capaz de llegar a un gran número de personas, sino porque es esencialmente distinto a otro cualquier tipo de comunicación humana (interpersonal, grupal, familiar, intrapersonal) tiene en el escenario numérico solo una marca de origen.

Articuladora de la cultura, modulada como significante de una cosmovisión, la comunicación de masas ingresa ya como dualidad de forma y contenido en los procesos de socialización y personalización concurrentes en la construcción del individualismo posmoderno. Y esto lo hace como base del despliegue de una instancia de sí diferenciada, la sociedad mediática.

Repetimos una y otra vez, la sociedad mediática no es una sociedad con mass media, es sociedad de masas en donde los media alcanzan el máximo protagonismo en la mediación social. Una sociedad en donde los medios son intervinientes definitivos en las modulaciones de las relaciones, en la recreación de los vínculos, la disolución o planteo de los conflictos y la reconfiguración de los modelos comunicacionales tradicionales.

La comunicación de masas ha sido concebida, con diferencias más metodológicas que teóricas, como un modelo de comunicación que suponía al receptor y, al mismo tiempo, anulaba la necesidad de referirse especialmente a los análisis de audiencias. Implicaba una presunción básica e indiscutible de la recepción para abordar con mayor interés y fruición los estudios sobre las emisiones y la producción.

Cualquiera sea la postura, aún las más críticas, concebían este modelo sobre la base de la descripción de las masas como un receptáculo homogéneo, ya sea por el imperio de la opresión de clases o por la naturaleza desmerecida de su composición. Es decir que la ambivalente definición de "masa" sea como cuerpo indiferenciado en donde se disolvía y anulaba la riqueza del espíritu individual humano o, por el contrario, como fuente de organización de las clases dominadas a partir del sentimiento colectivo de la solidaridad en su lucha por el ascenso político y social, implicaba igualmente una desatención al estudio de su composición.

El concepto de industria cultural dispuesto a resolver la ambigüedad y aún la injusticia que plantea el de cultura de masas tampoco trae luz sobre el asunto. Alcanza sólo para no confundir a la víctima (las masas) con el productor de la cultura que la somete. Pero nada dice respecto de los procesos de comprensión y significación que se generan en el interior de las masas, ni tampoco desarrollan una apreciación de la manera en que los desarrollos tecnológicos consolidan o remueven las condiciones en que se produce la apropiación de ese producto cultural.

Consecuentemente, los medios, como tecnologías en desarrollo, no se advierten en su intervención sino como consolidadores del modelo y, al mismo tiempo se desconoce el creciente requerimiento que de esas tecnologías va afianzando la recepción.

Cultura de masas, industria cultural y comunicación de masas, pueden ser recomprendidos si se toma en cuenta el hecho de que, ampliada, extendida y modificada la percepción humana a partir de la intervención de las nuevas tecnologías de la comunicación, las forma que adquiere el actor social deben ser tenidas en cuenta a la hora de reconsiderar el modelo comunicacional.

Dicho de otra manera: el receptor cambia y actúa en función de ese cambio reformulando todo el modelo de comunicación, si quiere simplificarse la interpretación. Pero ha habido más.

Todo el desarrollo de la terceridad nacido en Pierce y recuperado en la década del setenta posibilita una visión más integral, la que explicita una intención de generar una teoría de la producción social de sentido, lo que nos deja (por un instante) sin modelo comunicacional pero ayuda a entender cualquiera de las formas en que socialmente se produce la significación, es decir, el mundo de la interhumanidad.

Si aceptamos esta definición mucho más completa, tendremos que aceptar que, si bien el libro y más aún el periódico, han contribuido fundamentalmente a la ampliación del área de la comunicación humana, sólo podemos hablar, digamos cómodamente, de comunicación de masas en el momento de la aparición de los medios electrónicos de comunicación, especialmente la radio y la televisión.

Esto no significa desalojar del rubro al afiche y al cine. Es innegable que esas propuestas comunicativas son de masas, o industria cultural, o como quiera llamárselas para identificar su cualidad en igualdad de condiciones que la de los fenómenos posteriores. Pero sólo con la proliferación de los medios electrónicos la especial forma de comunicación, que es la comunicación de masas, cobra un rol hegemónico en todo el sistema simbólico de la humanidad.

Aclarado esto, necesito aclarar esto otro: tampoco fijar precisamente el límite histórico de la aparición del concepto "comunicación de masas" importa demasiado a las pretensiones de este trabajo. Noto no sin sorpresa el recreo teórico que significa para algunos intelectuales la posibilidad de colocar hitos, separadores, fronteras y tabiques en la historia de la comunicación, una insólita voluntad de alambradores cuya razón me resulta, sino inexplicable, al menos curiosa.

Y si de curiosidad se trata, la televisión y la radio, curiosamente, han sido primero una tecnología y sólo más tarde un servicio, y un poco más tarde aún un medio específico para un tipo muy específico de comunicación: la comunicación de masas.

Tal vez todo haya empezado con la más importante de las innovaciones que radio y televisión introdujeron al mundo de la comunicación: El relato y la observación de los acontecimientos en el mismo momento en que estos se producen.

De hecho hoy, hay quienes sostienen que la frontera que divide y diferencia a una sociedad mediática de una que no lo es estriba en que, en la sociedad mediática, los medios de comunicación se constituyen en un auténtico escenario de la realidad, en una arena en donde transcurren los conflictos, en el lugar en el que suceden las cosas. La otra sociedad, la que precede a esta, es una sociedad simplemente con medios de comunicación en la que estos se limitan a realizar representaciones de la realidad. Se encuentran en una instancia de mediación previa, los medios aquí son una tecnología presignificada y con significación creciente.

Como puede apreciarse, la declaración de magnitud en el protagonismo de los media nos pone aquí en un paso más para la definición de sociedad mediática. Es decir plantear la diferenciación entre sociedad de masas y sociedad mediática en el protagonismo mediador de los medios hace la diferencia de nuestra postura respecto del resto de las definiciones hasta ahora presentadas.

Este último apunte poco tiene que ver con la incidencia de la tecnología en la comunicación de masas, asunto que es el central de este trabajo. Sirve en cambio para subrayar que estamos frente un tipo diferenciado de comunicación, un tipo de mensaje distinto, que es capaz de llegar a mucha gente en un mismo momento y que se produce en el nivel de la sociedad global.

Para imaginar que será de este tipo de comunicación en el mundo de la revolución tecnológica y no cometer gruesos errores de interpretación como los que se han cometido en el pasado toda vez que se producía la irrupción de una nueva tecnología hagamos el siguiente repaso.

Apareció el Satélite

En los sesenta se creyó con temor generalizado que la proliferación de la televisión hogareña había logrado una alta concentración de la cultura y expuesto a la humanidad a uno de los más perversos tipos de manipulación. La Gran Pantalla de la novela de Orwell otra vez aparecía con su devastador efecto hipnótico como una amenaza para la humanidad.

Cierto es que en la televisión, estatal o privada, los poderes políticos operaban restricciones y limitaciones que no ejercían sobre los medios no electrónicos. Desde el control de las señales con estrictas legislaciones y el manejo del otorgamiento de los permisos, hasta la efectiva presión sobre el contenido de los mensajes emitidos por esos medios, había con mayor o menor rigor, una efectiva política de control sobre ellos.

Esto motivó la multiplicación de los medios *underground*, especialmente en Europa y los Estados Unidos, que fueron tomando forma en el cine independiente, las publicaciones de tirada reducida y hasta los famosos oradores londinenses del Hyde Park. Todos ellos representaban un impacto de escasa relevancia si se los mide en términos de comunicación social, ya que llegaban a un número escaso de personas.

Pero lo cierto es que esa significación no es tan menor si se advierte la peculiar actividad social y política de los grupos receptores, especialmente estudiantes e intelectuales, muy influyentes por sus características en el conjunto del espectro cultural de las sociedades.

Así estaban las cosas cuando apareció el satélite.

Casi como una estridente contrapartida a los esfuerzos de los medios *underground*, los satélites de telecomunicaciones, cuya capacidad de difusión es de alcance planetario, y de costos aún más elevados que los de cualquier medio convencional, aparecieron como acrecentando aún más el control de los centros de poder sobre los medios de comunicación y sobre la información vehiculizada por esos medios.

En 1964 se formó el consorcio INTELSAT (International Space Communication System) para operar internacionalmente los satélites de telecomunicaciones, cuyo importe de inversiones llegó sobre final de los setentas a los 70.000 millones de dólares, y en los que los Estados Unidos titularizan el 61 por ciento seguido por Inglaterra con un apenas 8 por ciento y encabezando una larguísima lista de socios menores.

Por entonces y hasta una década después, esta irrupción, generó desde la más optimista de las opiniones hasta las más agoreras predicciones sobre el futuro inmediato.

Obviaremos el primer tipo de opiniones pues están directamente ligadas a los intereses económicos que respaldaron esa inversión en desarrollo tecnológico y también, por qué no recordar, a los ingentes esfuerzos de los estados Unidos por emparejar las diferencias que la URSS le sacaba en la carrera por la conquista del espacio.

En cambio resulta interesante rescatar algunas de las impresiones suscitadas por el segundo tipo de opiniones.

Se creyó, se predijo y anunció que la propiedad del satélite implicaba una altísima capacidad de penetración en los sistemas de comunicación del planeta y, consecuentemente en un factor de dominio insuperable. Se imaginó la destrucción definitiva de los estados nacionales, la dilución de las fronteras y la sumisión del mundo al nuevo imperialismo comunicacional. Era mediados de los setenta y el mundo se encontraba convulsionado agonizando la última etapa de la modernidad expresada centralmente.

Sobre principios y hasta mediados de los ochenta surge una hermana tecnológica y el desarrollo de un sistema en forma masiva que iba a echar por tierra todas las predicciones precedentes, desde las más optimistas hasta las más derrotistas. La aparición del computador personal. La irrupción de la PC.

El desarrollo de las herramientas de TV en forma masiva: Las cámaras familiares, los sistemas semiprofesionales, el Video Home, etc., fue acompañado por la combinación de los procesadores en el terreno de la imagen y el sonido.

Nuevas tecnologías que, errónea pero plenamente reconocida como digitalización, produjeron un fenómeno de masificación que nadie se había atrevido a predecir. Todos aventuraron que la masificación y la concentración de mensajes iba a darse en forma complementaria y necesaria. Lo cierto es que, por el contrario, la superproducción de mensajes fue el resultado de la combinación de estas nuevas tecnologías lanzadas al mercado del consumo en forma masiva. Pero su resultado recién se advertiría treinta años después.

Paralelamente se daban en el terreno de lo político indicios de los que estaba pasando en el mundo. Con la disolución de la Unión Soviética, aparecen como renovados cada uno y todos los estados nacionales que, lejos de disolverse en cultura y costumbres, aparecían debajo de las ruinas de los soviets como si nada hubiese sucedido. Los países del este retomaban su historia individual luego de décadas. El mundo político en lugar de homogeneizarse se fragmentaba.

La sociedad que se modelaba es la que estamos intentando describir. Una sociedad en donde cada persona es en sí misma un elector, una cultura, un conjunto de valores y, esencialmente, un individuo cuyo concepto de libertad y de ser está centrado en su capacidad de elegir de entre muchas opciones combinables de manera de encontrar el conjunto de opciones, único, propio e irrepetible.

Más allá de las críticas, las resistencias y los valores que entran en juego, esta tendencia es irreversible y, además, resulta consecuencia de que la voluntad de elección del hombre posmoderno es **posible**, dado que cuenta con un soporte tecnológico suficiente para satisfacer ese deseo.

Por otra parte, y en sentido inverso, las nuevas tecnologías que han estrechado alrededor del individuo su universo, también tienen la capacidad de meter en un mismo living a través de una pantalla todo el acontecer del mundo. Los conflictos africanos y la final de la NBA comparten el menú opcional. Los acentos caribeños conviven con el yeísmo argentino y uruguayo y los modos andaluces de los chilenos en los noticieros internacionales. Y por si esto fuera poco, los FOUND de memoria virtual almacenan años de música, acceden a miles de señales radiales con calidad digital y nos pasean por todas las enciclopedias que hayan sido editadas en CD ROM.

Puede ser que este proceso sea la construcción de una nueva torre de Babel, en la que la incomunicación será el resultado de la sobreabundancia de comunicaciones. Hay bastante poco de previsibilidad, este es un mundo que cambia de dirección con una velocidad asombrosa y que es igual de hábil en producir tecnología para los cambios como cambios para generar más tecnología.

Una breve historia del nacimiento de la red puede mostrar hasta qué punto la ingobernabilidad de la tecnología se convierte en otro rasgo del siglo venidero.

Internet nace como una combinación extraña entre necesidades de comunicación militar, desarrollos tecnológicos de un área de gran impulso en el mercado de la producción económica y la apropiación de una contracultura creciente, remedo de hippismo e insurgencia setentista en los albores del siglo XXI.

Los padres de la criatura bien podrían representarse por un militar tipo Patton, Bill Gates y un hacker de los barrios latinos de Los Ángeles. Esto, si un cocktail genético pudiera explicarse como un *mennagge à trois*.

Así fue. El gobierno norteamericano demandaba la construcción de una red eficiente de comunicación militar en donde no faltaran las posibles aplicaciones científicas y tecnológicas destinadas a la consolidación de su estrategia mundial. Así nació en 1969 (año de arribo a la Luna) ARPANET, que confirmó la nexión técnica de los ordenadores en red a través de la línea telefónica. De allí en más la aparición del fenómeno comercial aguardaba expectante a la vuelta de la esquina.

Gates apostó fuerte, desde un anonimato que hoy parece imposible por increíble, a la socialización de mercado de los ordenadores personales.

El nuevo mueble domiciliario, la necesidad de extensión metastásica de la red para la configuración de su valor estratégico, y el carácter ensimismado del nuevo actor social hicieron el resto.

¿Cuáles han sido las consecuencias? ¿Cuáles las nuevas que se avecindan?

Sujetos interactivos que trastornan el modelo comunicacional clásico de emisor-receptor.

Generación de una nueva economía que reformula tanto los hábitos de consumo como la forma del desarrollo laboral.

Rediseño del campo comunicacional público y privado a instancias de las posibilidades.

Cambio en al estructura del lenguaje coloquial.

Transformación del espacio del encuentro social, de los juegos, de las referencias culturales, de la interpersonalidad.

Afirmación del ensimismamiento personalizado y posibilidad extrema del autodiseño de la personalidad.

En esta complejísima situación resta preguntarse cuál será el futuro de la comunicación de masas.

¿Habrà lugar en este multiplicado espectro de medios y receptores lugar para un tipo de comunicación que sea capaz de llegar a un gran número de personas en forma simultánea?

Si la pregunta carece de respuesta es, básicamente, porque cualquier respuesta carece de sentido. Lo que interesa es que este soporte tecnológico responde a una auto imagen de emisor / receptor que ya tenemos asumida.

Denis McQuail hace una interesante panorámica de la incursión de los nuevos medios como remate de un breviarío de la evolución de la comunicación de masas. Los dos fragmentos que escogimos son aquellos en los que se destaca la virtud operativa de estos medios en el ensanchamiento del universo electivo del *sí mismo*. La duda final sobre la naturaleza de "masas" de estas nuevas mediaciones tecnológicas será punto de partida de una nueva discusión: ¿será que se ha ampliado el concepto de masa, mas allá de su ambivalencia y sus diferencias de interpretación ideológica?

Por lo pronto Mc Quail dice lo siguiente:

“ Se ha dicho que los medios telemáticos son el producto de la última revolución que reemplazará a la radio-televisión tal como hoy la conocemos. Esta expresión se refiere a un conjunto de desarrollos en cuyo núcleo se encuentra una unidad de exhibición visual (pantalla de televisión) unida a una red de computación. A veces, con la fórmula “ nuevos medios de comunicación”, medios que poco a poco se han ido haciendo patentes durante la década de los ochenta, se quiere aludir precisamente a un conjunto de diferentes tecnologías electrónicas de variadas aplicaciones y que aún deben considerarse ampliamente como medios de comunicación de masas o ser objeto de una clara definición en lo referente a su función.

Son varias las tecnologías implicadas: de transmisión (por cable o por satélite); de miniaturización; de almacenaje y recuperación; de exhibición (mediante combinaciones Flexibles de texto y de gráficos), o de descentralización (la provisión y la elección ya no están predominantemente en manos del proveedor de la comunicación); elevada capacidad (las entregas por cable o por satélite superan las severas restricciones que impone la transmisión por superficie); interactividad (el receptor puede seleccionar, responder, intercambiar y permanecer directamente unido a otros receptores); la flexibilidad de la forma, el contenido y el uso. “ (...) “

Las nuevas tecnologías de distribución y de grabación están cambiando rápidamente muchas características de las definiciones existentes. Lo que se ve esencialmente afectado por ellas es: las posibilidades de control de una autoridad central; las posibilidades contrarias de mayor libertad y acceso; la libertad de los receptores para escoger y utilizar los medios de acuerdo con las circunstancias individuales de tiempo y lugar; las oportunidades para la interacción de emisor y receptor; las antiguas definiciones de medios de comunicación y los límites entre ellas, y la localización y el contenido actual de los medios dentro de los límites políticos y geográficos.

Es verdad que están ocurriendo muchas cosas, pero es más difícil decir si los “nuevos medios de comunicación” han sido objeto de alguna definición o han adquirido alguna imagen. Esto se debe, en parte, a que se presentan en formas diversas, y en parte a que esa presentación ha sido muchas veces lenta y todavía de escasa penetración. Pero podemos considerar los medios telemáticos ejemplificados en los sistemas de videotex como prototipos de los nuevos medios de comunicación y como los que incorporan los rasgos más importantes de la nueva tecnología de la comunicación (especialmente la informatización y el potencial interactivo). Si el videotex se caracteriza, en resumen, de acuerdo con las dimensiones arriba descritas, ya comienza a surgir el nuevo cuadro.

En las dimensiones “políticas”, los medios telemáticos son más portadores que transmisores y carecen de una función productiva centralizada que pueda convertirse en sobre vigilancia de una autoridad central interesada “adecuadamente equipada y no cabe duda del interés del Estado en el patrocinio del desarrollo de las redes telemáticas.

Aun cuando esto se debe, en primera instancia, a razones económico-industriales, refleja la centralidad del interés político e indica un futuro interés en la supervisión.

En términos normativos, hasta aquí el contenido parece corresponder en gran medida a la “realidad” y a los polos “serios” indicados, pero ciertos usos interactivos también corresponden a la esfera del entretenimiento. Los hechos organizativos y tecnológicos ponen el énfasis en el mensaje y la distribución antes que en la producción, y relegan a un segundo plano las cuestiones de autoridad individual de profesionalismo (hasta ahora no existe una profesión claramente delimitada, si bien parecen estar a punto de surgir los expertos en información. La selección de contenido es unitaria dentro de un paquete de oferta múltiple (lo que representa una divergencia respecto de los patrones conocidos). La oferta es administrada sin finalidad precisa y a distancia. El receptor goza de gran libertad de elección y está mucho menos limitado por barreras de espacio y tiempo.

Las relaciones sociales de recepción son privadas en extremo, pero se ven poderosamente modificadas por el potencial interactivo, que muchos consideran como el advenimiento de un nuevo tipo de relación. A pesar de esta posibilidad de interacción, no parece típico del videotex una intensa implicación con las fuentes, aunque esto depende de la fuente.

Hemos expuesto algunas de las posibilidades consustanciales a las primeras formas de suministro de medios de comunicación telemáticos, pero la formación final de una definición y una imagen clara dependerá de los cambios que tengan lugar entre el presente y el advenimiento de la telemática como medio de comunicación de masas.”

Mc Quail aporta datos, algunos están desactualizados dada la velocidad adquirida por las innovaciones tecnológicas, que resultan definitorios. Pero todos ellos coinciden en destacar el valor instrumental de estos nuevos medios en el ensanchamiento del horizonte electivo del *sí mismo*.

Entre las cuestiones que no reconocemos como debidamente analizadas se encuentran los cambios que estas nuevas tecnologías de uso masivo habrán de acarrearle a los modelos de comunicación clásica.

El nuevo coloquio de los *chats* y la recuperación de la escritura son dos agentes de transformación que deberán ser atendidos si se pretende seriamente entender las transformaciones relacionales de esta

nueva instancia, puesto que de lo que aquí se trata es de la incidencia que esta novedad tendrá tanto en el lenguaje coloquial hablado como en la escritura en general.

Declaremos oficialmente : El *sí mismo* ha materializado toda la extensión de su solicitud comunicacional.

Si la naturaleza de esta extensión es masiva, dependerá del acuerdo que tengamos en definir el concepto de masas. Pero hay una euforia nacida de esta multiplicidad de nuevas herramientas que consolidan el carácter del *sí mismo* en ruptura con todo el sistema de comunicación de la modernidad.

Releamos sino a Nelson quien ha dicho:

“ La WEB es la encarnación palpable de convertir la totalidad de lo comunicable (el docuverso o documento universal) en una inmensa red de conexiones. La posibilidad de hilvanar cualquier experiencia humana (narrativizada, textualizada, y ahora también visualizable, musicalizable, tratable multimediáticamente) en un entramado de recorridos múltiples sin caminos privilegiados pero, sobre todo, sin necesidad de Patrias ni Matrias que nos digan qué y cómo hacer: qué rutas tomar, en qué estaciones detenernos y a quién idolatrar o ignorar.”

Este canto “ libertario “, euforizante para el *sí mismo* como todo aquello que le produce la ampliación del horizonte electivo, nos da un indicio claro de a qué lugar dirigir las preguntas que interrogan sobre el carácter de las futuras comunicaciones masivas. Es el indicio que permite presumir que habrá mensajes masivos a nivel de sociedad global.

Se abre el nuevo milenio y la investigación tecnológica sostiene un desarrollo espectacular en el que cada innovación implica una nueva puerta para multiplicidad de desarrollos. Se aguardan las nuevas generaciones informáticas, el recreo de la inteligencia artificial toda una sistemática en donde herramienta y objeto, a la hora de concebirse, son la misma cosa.

La noticia nueva de estas herramientas, no es solamente la variación instrumental aportada en materia comunicacional, sino la incorporación de los nuevos valores técnicos como contenido.

Son la interactividad, la virtualidad, las nuevas formas de representación todos constructores de una lógica diferente.

Es imprescindible entender el grado de incidencia que esta nueva estructuración de la lógica habrá de tener en el futuro de la lógica “ de todas las cosas “ que gobernará el nuevo milenio y, remitiéndonos a la sujeción directa a los medios que el individuo prefiere en la sociedad mediática, como estos nuevos medios diseñarán la nueva existencia, desde el mero comportamiento hasta llegar a los universos de valores.

Dice Bonsiepe Gui en su “ Elementos para una Manualística crítica “ mencionado por Silvia Austerlic:

"Para entender los fenómenos de una nueva tecnología, tenemos que enfrentar la cuestión del diseño como fruto de la interacción entre comprensión y creación".

La naturaleza trascendente del cambio tecnológico conduce ineludiblemente a hacernos la pregunta más amplia acerca de cómo una sociedad produce invenciones cuya existencia a su vez transforma a esta sociedad. Tenemos que establecer una base teórica para mirar a lo que los instrumentos hacen, y no contentarnos con la descripción de cómo operan y funcionan. En este contexto, el diseño funcionaría como abrazadera, uniendo el pensamiento contemplativo (comprensión) e innovación (acción - creación). Mientras descripciones técnicas de nuevas tecnologías (instrumentos, herramientas) se limitan a enumerar los atributos operativos, separando al usuario con sus intereses y necesidades, de los objetos, un enfoque más perspicaz pregunta: ¿Qué es lo que la gente está haciendo con estas herramientas y qué es lo que la gente puede hacer con ellas?". Plantear esta pregunta nos lleva, entiendo yo, al terreno de las investigaciones productivas; aquellas que, en la etapa de producción del proyecto se traducen en estrategias (conocimiento aplicado). Resulta evidente la necesidad de asumir que al diseñar herramientas,

"estamos diseñando modos de ser. Esta frase revela las razones para considerar al diseño como categoría fundamental. Pues, es a través de herramientas que el hombre, no sólo se relaciona con el mundo, sino que constituye el mundo. Las herramientas no estarían consideradas como medio operativo sino como medio constitutivo, similar al lenguaje (...) En esta concepción de lenguaje, nosotros creamos y damos significado al mundo en el cual vivimos y que compartimos con otros... Para formular el argumento en forma más radical: nosotros nos diseñamos a nosotros mismos (y a las redes sociales y tecnológicas en las cuales nuestras vidas tienen sentido) en el lenguaje"

¿Qué nos queda entonces como eslabón de engarce entre el concepto de masas y la nueva superficie social que se avecina? Tal vez la clave se encuentre en uno de los nuevos angulares lógicos de la tecnosociedad: La *interactividad*.

La interactividad es un fenómeno de comunicación que invierte roles poniendo al emisor en receptor y viceversa en forma continua y alterna. Esta posibilidad que también aporta la nueva tecnología se supone que habrá de mantener un relativo estado de asambleísmo universal, o que al menos lo alimente, de manera que ciertos mensajes alcancen por *sí mismos*, la jerarquía de masivos. Pero el ámbito espacial es ya, con cesación del espacio público, la superficie de la proporción magistral de la pantalla.

Merleau Ponty ha denominado *quiasmo* al entrelazado que la unidad mantiene con la totalidad y viceversa. El quiasmo implica, tomado y trasladado el concepto, una relación que podíamos encadenar en individuo-medios / medios –sociedad mediática.

¿Cómo explicar este encadenamiento? Los individuos se observan sociedad en los medios; la interhumanidad se mitifica en los medios; se produce una verificación a partir de esa mitificación; finalmente, el otro, el sí mismo y el nosotros se construyen en el quiasmo.

Así puede explicarse de una manera más precisa la relación de sí mismo y tecnologías en términos de Ciborg. Esta relación no puede concebirse como meramente instrumental sino como una relación de carácter existencial.

El concepto responde además a las dudas respecto del carácter hegemónico de la sociedad mediática. Es cierto que quien lo quiera puede voluntariamente evadirse, cubrirse o directamente no exponerse al influjo de los medios. Podemos dejar de ver televisión, apartarnos del "contacto" de todos los medios, aislarnos, recluinos en la isla de Robinson Crusoe. Pero si es esto posible respecto de la acción directa de los medios no nos es posible respecto del *quiasmo* de igual manera que le fue imposible al personaje de Defoe separarse del *quiasmo* civilizatorio y no reproducirlo en la soledad de su forzado habitat.

Otro apunte indispensable para mapear el territorio comunicacional que se viene es cerrar una discusión todavía insólitamente abierta: la influencia de la red.

Se persiste en poner por delante de esta comprensión el hecho minoritariamente cuantitativo de la red en el mundo actual. Se parte del dato numérico.

Tomando los números globales o forzando las cifras descontando población adulta, alfabetizada etc., la proporción de la población mundial vinculada a la red oscilaría entre el caprichoso *spread* del 2 al 25 por ciento de la población total. Cinco mil millones de personas, en cualquier caso quedarían "fuera" del sistema.

Una comprensión cualitativa demandaría interpretar a la sociedad mediática como un sistema. Una estructura de jerarquías, pero más un modelo de campo como el del campo psicológico de Lewin tomado por Pierre Bourdieu para plantear la cuestión del campo periodístico.

En una estructura de esa naturaleza, con la red convertida en el centro del campo mediático, las apreciaciones vinculadas a los datos numéricos se desvanecen. La presencia de esa nueva relación, una audiencia que habla, una nueva economía, una nueva localización del trabajo, un corrimiento del espacio del mercado y, fundamentalmente, un nuevo e influyente modelador de la comunicación operando sobre los

medios masivos tradicionales implican una reestructuración del sistema total y, al mismo tiempo, la consolidación del supermediador y el atisbo de su predecible caída.

Pero este último es otro gran asunto, un anuncio que justificaremos en el futuro y que tiene en el sí mismo su operador fundamental.

Espacio por Superficie

Jacques Derrida publicó hace algún tiempo una idea que, poco importa si no le es original, nos pone en el centro de otro aspecto indispensable para reconocer la relación indisoluble que existe entre el ensimismamiento contemporáneo y su soporte tecnológico.

Derrida denuncia la resistencia “ industrial “ y cultural que el mundo del “papel” le está operando al fenómeno tecnológico de la Web. Asegura con razón que mientras la lectoelectrónica se acomoda en las inmediaciones del trono de la comunicación contemporánea, en las universidades y otros ambientes áulicos se reafirman las tradicionales normas de protección y legitimación de la cultura del papel.

El temor más grande, informa, es el de la consagración final: el establecimiento de los mecanismos de edición y venta de la publicación electrónica. Derrida desaloja rápidamente estos fantasmas al advertir que la amenaza del reemplazo es una amenaza de tipo formal, ya que el asunto del soporte comunicacional tiene más que ver con el derecho de apropiación y reapropiación al que el derecho y la política lo someten, que a la naturaleza misma del soporte. La apropiación o desapropiación entonces, afecta tanto al papel como a la electrónica, por lo que el asunto de fondo habrá que buscarlo en las nuevas política, economía y derecho surgentes, más que en la materia sobre la que se naturalizará su edición.

El desplante de Derrida a ciertos pruritos de las instituciones, aunque parten de otro interés de esa inteligencia, nos sirve aquí para montar otra apreciación.

La apropiación y desapropiación de los medios proviene de la cultura del papel. Son los medios, el ciclo, el Hertz o la celulosa, los que facilitaron la irrupción de las subculturas preexistentes y rompieron el cristal de la uniformidad conceptual de la cultura de la modernidad.

En el camino labrado por la emancipadora acción de la modernidad revolucionaria, clases, grupos y naciones, a nivel planetario, comenzaron a irradiar señales de su propia existencia. En el afán totalizador e inmovilista de la modernidad conservadora esos medios alcanzaron la entidad de escenario mayor que luego sería abordada por una masa diseminada y ensimismada.

El espacio público queda desierto, se contrae ante la nueva opción. Una opción que se aborda sin riesgo, si represión, más osmóticamente que requiriendo de voluntad política. La anchura acechante de la plaza y de la calle se abandona, la superficie de la pantalla va cubriendo la ausencia.

Y si la plaza y la calle imponían sus formas, si la historia política de la agonía de la modernidad se caracterizó por la impronta de esos medios en que se materializaba la expresión popular, lo propio ocurre con las nuevas tecnologías sentenciando una vez más el apotegma de Mc Luhan.

Que el medio modele el mensaje hasta serlo de manera completa es un hecho superado por este otro hecho, el medio modela el modelo posible de comunicación. Receptor y emisor simultáneos, receptor inquiridor (navegante), emisor sin destino y toda la multiplicidad de posibilidades comunicacionales y relacionales que posibilitan las nuevas tecnologías son prueba contundente de esta novedosa situación. Pero además, toda la acción de relación de los sujetos de la comunicación con los nuevos medios están amalgamando toda la cultura de la superficie de la que hacemos referencia en este trabajo. La música, el dibujo, el diálogo, los espacios escénicos del teatro, los ritmos de la producción cinematográfica las infinitas posibilidades de la representación simbólica, todas descansan en el soporte tecnológico de las nuevas comunicaciones.

El medio es el mensaje se trasciende en una instancia extrema: los medios son la sociedad, la sociedad es mediática, la sociedad mediática del único mediador social, el *mass media*.

Si es posible decir más aún, la apropiación de las nuevas tecnologías comenzaron a modelar y modelarse en una dialéctica inexorable como principio y fin de las comunicaciones del *sí mismo* en carrera.

No es el campo de lo estético aspectado en una comprensión de superficie y profundidad típicamente de la modernidad lo que se ha alterado. No es un cambio de “estilo”. No. No es una revolución de formas. Es una representación necesaria de la cosmovisión ensimismada lo que paulatinamente se va “instalando” en el nuevo territorio de la proporción magistral de la pantalla.

En el estudio que Jameson hace de un trabajo del plástico Andy Warhol, ya mencionado ejemplarmente aquí, y en comparación con los zapatos de Van Gogh, obra analizada ya por Martin Heidegger en *El Origen de la Obra de Arte*, se reconoce por una vez que los cambios operados en el pasaje modernidad posmodernidad son el resultado de una deliberada mutación en la estructura comprensiva del individuo.

Aunque Jameson no menciona a los mass media como bisturí de esta cirugía “del alma” que resulta nuestro argumento, sí hace referencia a la contaminación del lenguaje publicitario en la obra y es, además, claro a la hora de reconocer indirectamente que el cambio no es sólo un cambio estilístico o de contenido ocurridos en un movimiento de la superestructura cultural. Dice en *Ensayos sobre el Posmodernismo*:

“ Seguidamente tenemos que entender el papel desempeñado por la fotografía y el negativo fotográfico en este tipo de arte contemporáneo. Es esto precisamente lo que le confiere su calidad de muerte a la imagen de Warhol, cuya congelada elegancia, como de imagen de rayos X, molesta al ojo cosificado del espectador, por razones que parecerían no tener relación alguna con la muerte, al nivel del contenido. De hecho, es como si nos enfrentáramos a la inversión del gesto utópico de Van Gogh en la obra que analizáramos primero, un mundo herido de muerte es transformado, mediante un fiat y un acto de voluntad nietzscheanos, en una estridencia de color utópico. En este caso, por el contrario, es como si la superficie externa y coloreada de las cosas - degradada y contaminada por adelantado debido a su asimilación a las pulidas imágenes de la propaganda - hubiera sido removida para revelar el mortal sustrato blanco y negro del negativo fotográfico que encierran (...) Opino que ya no se trata de un asunto de contenido, sino de una mutación más fundamental, tanto en el mundo de los objetos - que se ha convertido en un conjunto de textos o simulacros - como en la disposición del sujeto.”

Seguidamente Jameson cae, como parece ser inexorablemente, en el reconocimiento de que el tiempo está signado por una transformación anímica, por un cambio en la dirección del interés individual y, especialmente mencionado en sus ensayos, en una notable mengua de los afectos, asunto que preferimos aquí achacar al conjunto de “temperamentos” devenidos del ensimismamiento y no al resquebrajamiento de la “moral política” que parece desprenderse de su análisis.

Fragmentación, velocidad, discontinuidad, ruptura del canon sintagmático, divorcio de la expresión con lo expresado, sensación de presente continuo, contigüidad sin reglas de cohabitación, contigüidad aceptada por mera contaminación, simultaneidad, horizontalidad, desaparición del acento, disolución del límite entre realidad y representación, reemplazo de la valoración por el indagador punto de vista cartesiano a cambio de la diversidad de puntos de vista.

Todas estas determinaciones del modelo comunicacional tienen expresión concreta y cotidiana, y se fundamentan en el sentido de la organización del universo del *sí mismo*. Por una vez en la historia de la *humanidad del individuo* (aspectación que hoy nos parece más apropiada que la de *humanismo*) las reglas de la mediación no aparecen impuestas sino que, por el contrario, ajustan al modelo de organización cosmovisional del individuo.

La fragmentación no parece ser una relativización en el sentido moderno, sino la desorganización deliberada de lo organizado en imperio de normas externas y de sentido universal.

Lo mismo podemos decir respecto de la ruptura de la continuidad sintagmática. ¿Qué y quién puede decirnos hoy a “ciencia cierta” que las secuencias deben tener un orden de prelación y

consecuencia?. Sin reemplazo, el orden es sustituido por la superficie y la contigüidad, para que en ellas convivan todos los fragmentos opcionales de la cultura moderna. Los pedazos de espejo rotos reflejan de una manera parecida, todos y cada uno, el arrobado autocontemplarse del *sí mismo*.

La velocidad es valorada en cuanto da garantías de recorrer en el tiempo una más amplia superficie de opciones. La velocidad me hace rápido y amplia mi horizonte electivo, asegura mi libertad.

La hondura es una pérdida de tiempo, es decir de espacio, del único espacio que es la superficie, es decir de libertad.

Libertad de ser libertad de poder

El objeto existencial del *sí mismo* es la realización personal.

Puede presumirse que el ambiente de concreción debe estar sino plétórico al menos mayoritariamente dominado por la idea de libertad. Porque frente al Estado, o las Instituciones o cualquiera otra de las osamentas del modernismo, lo que se expone es la bandera del individuo libre como valor cardinal, escogiendo libremente de aquí y del allá del todo los contenidos con los cuales diseñar su existencia. “ Ser artífice de su propio destino “, la frase de contenido histórico, encarnada en uno de los escasos movimientos de masas de corte europeo que se desplegó después de la segunda guerra mundial, parece interpretar a la perfección el diferenciado concepto de libertad.

En lo político el pase ha sido desde la libertad de los pueblos (sea desde el nacionalismo antiimperialista, a la concepción universalista o nacional del clasismo de corte socialista, o por el liberalismo antiestatista) hasta llegar a la libertad del *sí mismo*, trascendiendo más allá de las libertades y los derechos individuales al dejar sin efecto las reglas exteriores al individuo impuestas por el proceso de socialización.

En lo social el pase ha sido desde la aceleración de la movilidad, la homogeneización de derechos (minorías étnicas, feminismo, derechos del niño, del discapacitado, etc.) hasta llegar a la “ desagrupación “ del *sí mismo* tomado ya como unidad de ser y de derecho en relación de contigüidad tolerante con la superficie total de los otros *sí mismo*.

Pero el sentido de la libertad, como ya insinuáramos, carece del sustento original del concepto, aún de la versión platónica de su absoluto. La libertad consiste en el ensanchamiento del horizonte electivo, de la amplitud de la disponibilidad por un lado y de la capacidad de acceder por el otro.

El ser del *sí mismo* depende de la accesibilidad del mundo, de la cantidad abierta y la amplitud de su abanico de calidades.

Ese ser debe poder. Para poder debe tener qué y cómo poder.

La libertad de ser del *sí mismo* es su libertad de poder retozar en un fragmento de la superficie de sus posibilidades, aún cuando menudo o insatisfactorio, siempre y cuando sepa que dispone de otras múltiples opciones, sin limitaciones fácticas, sin prescripciones, sin discriminaciones.

Cuando el capitalismo modernista imponía sus preceptos dirigistas discriminando conceptualmente “la libertad “ del “ libertinaje “ ignoraba que su preocupación por acotar el poder de las masas, iba a concluir con la asimilación de los dos conceptos en el universo “ moral “ del *sí mismo*. Apurado por cortar los crecimientos en el derecho *de todos*, ese capitalismo clasista se comió los lazos de agrupación de las masas sin advertir que estaba propiciando la ultra valorización de los derechos de *cada uno*.

Más aún, cuando en sentido contrario las vanguardias de la intelectualidad revolucionaria modernista intentaban transformar el mundo desde la política y el arte, como dice Andreas Huyssen “ uniendo arte y vida, fue en cambio, la tecnología la que tuvo el éxito en esa tarea “.

En gran medida Walter Benjamin, quien a mediados de los 30 había pronosticado que la reproducción tecnológica destruiría el aura de la obra de arte, estaba previendo esta integración de estos apetitos en la plataforma de las nuevas tecnologías.

Qué significa esto sino que el creciente mundo de la disponibilidad operativa en lugar de consolidar la emancipación societaria y expandir el poder en la totalidad produjo una desagregación paulatina e inexorable de esa masa convocada.

Los dos antagonistas de la modernidad (si nos permitimos una reducción operativa para la interpretación que no debe confundirse con maniqueísmo) el conservadurismo reaccionario y la vanguardia ideológica revolucionaria, produjeron sin querer un perfecto movimiento de pinzas cuya presión, alterna y constante en el tiempo, cristalizaría la cosmovisión ensimismada de la posmodernidad tal como aquí la concebimos. La jerarquización de lo individual y la emancipación conjugaron en una nueva preceptiva.

Sin que mediara un segundo de la perseguida dictadura del proletariado, el nuevo proceso se condujo por sí sólo, aprovechando las guías conservadoras y revolucionarias de la modernidad hacia la instauración la Dictadura del *Sí mismo*, capítulo sin final ni principio que parece alojarse en la historia como el resultado de una sucesión de innumerables equívocos filosóficos.

Desaparecido el espacio público e instalado el aparato tecnológico necesario, el *sí mismo* ocupa el lugar entronizado del pueblo liberado. Para ejercer la nada, dirán. Tal vez. Pero la categoría que fundamenta una crítica valorativa a esta realidad, es una categoría de la modernidad en retroceso.

Jürgen Habermas desespera ante lo que considera un rechazo de las ideas de universalidad, racionalidad, verdad y progreso, propios de la modernidad, convirtiendo lo *posmo* en un simple antimodernismo. Esto no lo compartimos. Creemos que rechazo, aversión, son actitudes ajenas al carácter posmoderno. Mejor reconocer que estos conceptos son excesivamente exigentes de una exigencia anacrónica para ser contenidos en el universo ensimismado. La ocasional indiferencia y desasimiento, el desinterés si les parece más apropiado, es el rasgo abandonico natural de lo posmoderno por la preceptiva moderna, sea ésta cual fuera.

No ha cesado la verdad. No ha cesado la universalidad, no ha cesado la racionalidad. Sólo son arduas, demasiado intrincadas, densas, operativamente confusas y, fundamentalmente, existencialmente comprometedoras. Y en todo caso el *sí mismo* las ha desplegado como una opción más en el display de su horizonte, con lo que sus caracteres absolutos se vuelven, paradójica e irremediabilmente relativos..

En las antípodas aparentes de Habermas, Jean Francois Lyotard, inscripto caprichosamente en las corrientes del neoconservadurismo francés con Foucault, y con Derrida, considerado *así mismo* un postestructuralista, plantea que en la cultura de la posmodernidad han desaparecido los relatos emancipatorios, revolucionarios y de legitimación del saber. La narración marxista, liberal, cristiana o iluminista es, según Lyotard, descreída por la posmodernidad, quien sólo legitima el saber por su éxito y pragmatismo.

Aquí también, ciertas categorías propias de la modernidad filtran el resultado de la observación. Advertimos mejor que la fe o el descreimiento tampoco son temperamentos del ser ensimismado. Más apropiado sería conceder el “me importa” y el “no me importa” como razones de elección totalmente desvinculadas de los niveles de interés de cada asunto y, absolutamente vinculadas a la oportunidad misma de la elección.

Con esto queremos advertir que en el terreno superestructural, aceptando que el mundo integral de la cultura lo es para este tiempo como para cualquier otro, las discusiones transitan por terrenos minados de categorías modernistas. Prueba contundente si algún interés las requiriera de la coexistencia por necesidad de lo moderno y lo posmoderno en el escenario de fin de siglo.

Dice Jorge Velázquez Delgado:

“ (...) la principal fuerza legitimadora de la modernidad radicó siempre en el uso específico que supo hacer de la historia y la capacidad mostrada para apropiarse del pasado, justificándose a

sí misma en el presente como un tiempo vivo y dinámico producto de múltiples avatares, portadores a su vez de un prometedor horizonte inmanente en la experiencia del espíritu humano.”

Así, la modernidad desplegó su dogma, señalando una direccional ruta hacia el futuro. Velázquez continúa advirtiéndolo que **“ esta imagen optimista de la modernidad se ha convertido en una quimera frente a la que nadie desea reconocerse. Es decir, resulta difícil que se siga pensando que el pasado inmediato a la modernidad nunca fue otra cosa más que un universo oscuro e irracional en el que se confundían mundo real y mundo fantástico...”**

Y es muy difícil, también aseguráramos con Velázquez, que el mundo que se viene sea advertido como prueba del destino inmanente de la humanidad victoriosa. De hecho, acotamos, el mundo que viene es advertido como calco del que vivimos, con otra anchura de disponibilidad, pero calco al fin.

Aquí yace otro principio con el que debe convivir toda otra explicación de la posmodernidad: el ataque epistemológico Habermassiano a la posmodernidad es un gesto de la modernidad conviviente. La defensa Lyotardiana de la posmodernidad es un gesto de la modernidad conviviente.

En realidad, y para poner fin a cualquier otra discusión, allende lo superestructural, la posmodernidad como situación histórica encarnada en millones de personas, conviene recordar, no quiere ni pretende defenderse, esencialmente porque no se siente (en ese sentido) atacada.

El dictador ensimismado está demasiado ocupado en pelear su presente de elecciones, proteger su amplitud de disponibilidades y ensanchar su potencial inmediato.

“La vida es corta, sólo puedo hacerme cargo de mi humanidad de ochenta kilos “, reza el personaje de Jim Thompson. El resto, tal vez un grueso numéricamente aterrador de seres humanos, están contenidos en un detenido momento de la protohistoria, cerca de otra urgencia y otra inmediatez indeliberada e inexorable, y muy lejos de las páginas web y las cadenas de televisión.

Dos mundos: el de las elecciones posibles y el de la imposibilidad de elegir. El último capítulo de la posmodernidad no tiene ni lugar ni tiempo para un tercer mundo, ni para una opción más.

¿Quién podía imaginar que el año 2000 nos encontraría libres de esta libertad y separados por esta distancia existencial?

Recoge y nos ilustra Silvia Austerlic con el Brindis por la Modernidad, de Marshall Berman:

"Todos los hombres y mujeres del mundo comparten hoy una forma de experiencia vital - experiencia del espacio y el tiempo, del ser y de los otros, de las posibilidades y los peligros de la vida a la que llamaré modernidad (Y que nosotros llamamos posmodernidad. Nota del Autor).

Ser modernos es encontrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo -y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, lo que sabemos, lo que somos. Los ambientes y las experiencias modernas cruzan todas las fronteras de la geografía y la etnicidad, de las clases y la nacionalidad, de la religión y la ideología: en este sentido, puede decirse que la modernidad une a toda la humanidad. No obstante, esta unión es paradójica, es una unión de la desunión: nos arroja a un remolino de desintegración y renovación perpetuas, de conflicto y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es ser parte de un universo en el que, como dijo Marx, "todo lo sólido se evapora en el aire" (...). El remolino de la vida moderna se alimenta de muchas fuentes: los grandes descubrimientos en las ciencias físicas, que cambian nuestras imágenes del universo y nuestro lugar en él; la industrialización de la producción, que transforma el conocimiento científico en tecnología, crea nuevos medios humanos y destruye los viejos, acelera el ritmo de vida, genera nuevas formas de poder jurídico y lucha de clases; inmensos trastornos demográficos, que separan a millones de personas de sus ancestrales hábitats, arrojándolas violentamente por el mundo en busca de nuevas vidas; el rápido crecimiento urbano y con frecuencia cataclísmico; sistemas de comunicación masivos, dinámicos en su desarrollo, que envuelven y unen a las sociedades y las gentes más diversas; estados nacionales cada vez más poderosos, que se estructuran y operan

burocráticamente y se esfuerzan constantemente por extender sus dominios; movimientos sociales masivos de la gente y de los pueblos, que desafían a sus gobernantes políticos y económicos, intentando ganar algún control sobre sus vidas; y finalmente, un mercado mundial capitalista siempre en desarrollo y drásticamente variable, que reúne a toda esa gente e instituciones. A los procesos sociales que dan vida a este remolino en el siglo XX y lo mantienen en un estado de conversión perpetua se los agrupó bajo el concepto de modernización. Estos procesos histórico-mundiales provocan una variedad sorprendente de visiones e ideas que tienen como finalidad hacer del hombre y la mujer tanto los sujetos como los objetos de la modernización, darles el poder para cambiar el mundo que los está cambiando a ellos, permitirles entrar en el remolino y que lo hagan suyo".

La visión de Berman, recogida por Austerlic, llama a una piedad que parece bastante ajena a la voluntad del *sí mismo*.

En una medida extraña, esta crítica diagnóstica del "brindis" se parece al final de proposición utópica de Jean Francois Lyotard. Pareciera que, habida cuenta de la evolución cotidiana de los hechos en contrario, que nuestro nuevo dictador está en otra cosa.

Austerlic, creemos que con nosotros, reconoce una progresión menos esperanzada..." **La promesa hoy día es, en el mejor de los casos, la aldea global; la amenaza, paradójicamente, nuestra posible extinción.**"

Capítulo Tercero

Sociedad de medios, sociedad con medios, sociedad mediática.

Si la sociedad de masas imponía por homogeneización sus formas específicas de comunicación es por que tuvo medios que se lo posibilitaron. Unos contenidos formados a esa especie de comunicación invadieron el mundo de la modernidad constituida y de la consagración del conocimiento como una primera pátina entre principios de siglo y fines de la segunda guerra y modelaron la interioridad de la cultura imprimiéndole sus reglas formales.

La comunicación de masas imponía así con paulatina e inexorable voluntad sus categorías en todos los niveles de la existencia humana. Fue en realidad cuando la radio y la televisión se incorporaron al hogar de manera interviniente, como sujeto interno de la estructura familiar, cuando los aspectos formales del modo comunicacional adquirieron carácter universal, hondamente cultural, participando indisolublemente de la institucionalización de los nuevos valores y consagrando el primer paso en la democratización de la opinión pública. El proceso de socialización encontraba un nuevo y potente vehículo de fuerza y refuerzo.

Claro que esa " democratización " no siempre contó con el favor de los nuevos medios. Las tecnologías de distribución masiva se incorporan al sistema de producción y al institucional simultáneamente constituyéndose tanto en empresas económicas vinculadas al capitalismo demoliberal como en su pilar político. La aparición de la radio y la televisión como medios masivos implica la liberación de la presión política sobre los medios de prensa tradicionales y el establecimiento del control central sobre sus señales.

La radio y la televisión tienen detrás, consideradas una unidad, una historia que ocupa tres cuarta parte del siglo como medios de comunicación de masas, y ambas surgieron a partir de tecnologías preexistentes: el teléfono, el telégrafo, la fotografía y el cine, y el cine sonoro.

Según algunos autores la radio parece haber sido más una tecnología en busca de uso que la respuesta a una demanda de un nuevo tipo de servicio o contenido. La apreciación resulta procedente e ilustrativa para nuestro análisis dado que aquí se demuestra como estas primeras revolucionarias tecnologías sirvieron como antecedente en la relación de diseño en intimidad que los medios de comunicación de fin de siglo iban a tener respecto del "usuaria". Raymond Williams sostiene que " A diferencia de todas las tecnologías previas de comunicación, la radio y la televisión fueron sistemas primordialmente diseñados para transmitir y recibir, como procesos abstractos, con una escasa o nula definición del contenido".

La radio, sin duda, fue en su origen solamente una tecnología y luego una especie de mezcla de entretenimiento y servicio, y lo mismo puede decirse en gran medida de la televisión, que comenzó más como un juguete y una caja "mágica " que como un medio interviniente en la mediación social y política. Desde el punto de vista del contenido, gradualmente, fueron incorporando los atractores masivos de otros medios, desde los deportes, las noticias, etc.

Pero, como señalan McQuail y otros tal vez la más importante de las innovaciones genéricas comunes a la radio y la televisión sea el relato u observación directos de los acontecimientos en el momento en que estos se producen.

El tratamiento de estos asuntos que ya habían ocupado a sus medios antecesores, más la accesibilidad de la tecnología operaron el fenómeno de integración y familiarización del que ya hablamos. Pero en sentido contrario la regulación, el control del poder, y la discrecionalidad de sus conducciones hicieron intervenir a estos nuevos medios en las formas preestablecidas de mediación y, si se extiende analógicamente el procedimiento, estos medios afianzarían los mecanismos en el proceso de socialización.

La manera de la distribución de mensajes que estos medios traen inherentemente también debe ser especialmente atendida. Su poder de llegada operó en contra de sus posibilidades de desarrollo democrático. Su poder de llegada y la proximidad con el poder constituyeron las muelas en las que se presionaron todos y cada uno de los mensajes, temas, asuntos e historias que poblaron sus segundos “en el aire”. Mientras el libro respiraba y la prensa escrita profundizaba su variabilidad de posiciones frente al sistema, la radio y la televisión se sumían en el ingenuo rol de lo “popular sin crisis “. Esta es la razón por la que la intelectualidad contemporánea al nacimiento de la televisión la viera como un narcótico para las masas, y que el propio Orwell se anticipara a su aparición decretándola tácitamente en su “1984 “ instrumento de opresión del fascismo.

Pero la presencia de los nuevos medios tecnológicos iba a operar cambios en los apetitos del *sí mismo*.

La novela de Orwell, con su mensaje claro iba a llegar al cine y a multiplicarse por la televisión y en las variadas funciones incontroladas del Video Home. Que nadie crea que sólo como mensaje universal y advertencia sobre los mecanismos de masificación mediática. Que no se crea ingenuamente que se cumplía el rol liberador de la televisión haciendo metatelevisión. Lo que sí sucedía en el terreno fáctico y no superestructural es que los sistemas de distribución comenzaban a ampliar el horizonte electivo, el control y la centralización menguaban paulatinamente ante la aparición de las nuevas disponibilidades tecnológicas.

1984, la “dolce vita” o “Los cañones de Navarone” empezaban a mostrarse como hitos ideológicamente neutros e irrelevantes, pero espacialmente significativos del amplio espacio de enseñoreo de la voluntad ensimismada.

Si la sociedad de masas era un prospecto con un destino incierto a determinar por la propia incidencia de los *mass media*, la Sociedad Mediática sobreviniente fue el resultado de la demanda mutua y constante del nuevo ciborg y las nuevas tecnologías.

Nadie escapa a esto. La sociedad mediática no es sólo aquella en la que los medios superaron su rol de representantes y transmisores de realidades para convertirse en escenario de los hechos. En ellos, además, se apoyan todos los niveles de mediación social. La relación del individuo con la sociedad es una relación mediada. La relación de los individuos con los individuos son relaciones mediadas. Nada se piensa se dice o se hace sin la intervención de los medios. Ni el menor acto onanista ni la más inspiradora declaración de universalismo escapan a la permeación mediática, con sus modelos, sus acondicionamientos formales, su sintaxis y el imperio de su superficialidad. No hay ostracismo posible, ni refugio imaginable, esencialmente porque materialmente no lo hay y porque, más importante aún, nadie lo busca.

Las nuevas tecnologías soportan el diseño cultural perseguido por el *sí mismo*. No estamos describiendo la sociedad de seres atados a las computadoras personales, ni a la red, ni al espacio coloquial de la telemática. No estamos describiendo aquí esa sola porción de la realidad comunicacional humana que se viene.

No estamos hablando de la tecnosociedad porque esta es sólo una parte, la parte operacional de la sociedad mediática.

Estamos hablando de la sociedad mediática, instancia de la historia en la que los medios de comunicación masivamente distribuidos modelan la totalidad de la cultura, como agentes, como mediadores y como referentes.

Una vez más decimos: la posmodernidad es la cara superestructural de la sociedad mediática. Las dos son este tiempo y todo el que puede avizorarse en términos de futuro. Un ser incorporante e incorporado a estos formatos mediáticos es el Ciborg posmoderno, el rostro operativo del *sí mismo*.

El concepto de espacio, junto con el de permanencia han llegado a dominar las discusiones teóricas que orientan sobre la transición de la modernidad a la posmodernidad.

El mundo fáctico de la guerra latente, en tanto, las búsquedas incondicionales de identidades nacionales, étnicas y hasta lingüísticas persiste. Que el futuro espacial apunta a la ruptura final de las fronteras territoriales no implica que nuevas fronteras en un nuevo espacio se estén gestando en medio de los ghettos informáticos que el sí mismo construye en red. Más a pesar de ello, o con ello incluido, las viejas disputas territoriales continúan ocupando la cartografía de los ejércitos de estrategias en el centro del poder.

Para darle un nivel de comprensión digno de una tesis diplomática se incursionó en arrasadora acción bélica en Chechenia, se apeló a la supuesta necesidad de intervención en el espacio post-imperial y los territorios de la identidad, de la historia, el de la resistencia, de la dignidad ética y poco faltó para que se achacara la derrota del Dynamo en la copa interclubes de fútbol del 67 a la desertión chechena de los entrenamientos.

Virilio define esta inconsistencia de la territorialidad contemporánea como el "no-lugar de las tecnologías teletópicas", haciendo posible la elaboración de una cosmovisión en la que los agentes de la comunicación no dependan de su contacto físicamente localizable sino en formas que representen sin consideración de la situación en el espacio como una omnipresencia, omniposibilidad de presencia a pesar de la distancia. Una tal posibilidad implica un cambio en la valorización de las sensaciones, y una vez más un achatamiento que rasa a la sensación cercana con la lejana, reduciendo toda perspectiva a la intensidad de relación de la interfase ciborg / tecnología y todo sensorialmente comunicable a la superficie de la pantalla.

Si lo público abandonó la plaza en favor de una tecnología de reemplazo, esto es trasladable a toda otra esfera del espacio, sea recinto parlamentario o campo de batalla.

Su ilustrísima: el Ciborg

¿Por qué es imprescindible describir el carácter del sí mismo como un modelo o biotipo genere la del tiempo humano actual?

Fundamentalmente porque es la base de toda hermenéutica comenzar por interpretar al interpretante, conocer los ojos del que ve, reconocer al actor de los actos en los actos y a los actos en el actor y, finalmente, al producto de la acción en el actor y en los actos.

¿Dónde se funda la unión de las partes del Ciborg?

Parece claro que en la necesidad ritual del encuentro en los terrenos de la supermediación ejercida por los medios de comunicación de masas.

Esta necesidad se percibe como necesidad vital del Homo-Animal Social-Contemporáneo porque facilita el ejercicio de su soledad pero conservando ese sentimiento de pertenencia a distancia.

La sociedad mirada e intangible que conforma el rasgo histórico del tiempo actual. Otra vez Serrat: "*miramé, miramé y no me toques.*"

Si algo nos falta para hacer inmersión plena en la dialéctica que nos ocupa (sociedad mediática y posmodernidad) es abandonar por un momento las definiciones de "ausencia" que se vienen dando respecto de la posmodernidad y lo posmoderno.

Aquí y allá, los conceptos referidos a este tema surgen como discusiones más comprometidas con el mundo literario que con un diagnóstico intentado del tiempo que nos toca vivir.

Como dice Jameson, todo se resume en el anuncio de la muerte de esto y la desaparición de aquello sin que se prevea el comienzo de ninguna cosa.

A la pregunta sobre cómo se construye la cosmovisión posmoderna, cuál es el proceso de esa construcción, nos quedamos detenidos en la respuesta fragmentaria que incorpora el concepto de proceso de personalización.

Decimos con Gilles Lipovetsky, con quien a posteriori recorreremos a mano alzada el perfil del ensimismamiento como alerta sobre la influencia de los nuevos medios en la naturaleza de lo "humano": por oposición al proceso de socialización el proceso de personalización posmoderno.

Pero creemos además que, como ya apuntáramos, ambos procesos conviven, se integran con funciones diferentes, se relacionan en una simbiosis original.

Es cierto que hemos recibido una educación autoritaria, vertical, acrítica, mecánica, consistente en la inmersión del individuo en reglas unívocas, con minucioso interés en la disolución de las diferencias y de las preferencias y subsumiendo todo en una especie de superdoxa universal, ley de homogeneidad absoluta que, en el marco político puede expresarse en el concepto de voluntad de conjunto o voluntad general, en el marco jurídico en las convenciones y en el socio cultural por la ética y la moral.

Es cierto que esa normativa impuesta en el mismo proceso de socialización es siempre universal, siempre exterior al individuo siempre como referente, prospecto y paradigma.

Pero, como también ya apuntáramos, así como recibida, la pócima ha resultado en los últimos cincuenta años no sólo inocua sino contraindicada. Pues lo cierto es que la subordinación de lo individual a la normativa relacional colectiva ha sucumbido. ¿Por qué?

Intentar aquí una respuesta sería volver a girar en círculo.

Operemos en cambio un intento de ver como funciona el nuevo proceso, conviviente casi promiscuo con el anterior habida cuenta de la diferencia "moral" que abismalmente los separa. Descubriremos después que la propia organización del universo posmoderno es la que posibilita y faculta esa convivencia de procesos formativos de la personalidad social tan diferentes.

Sucede que en el proceso de personalización podemos advertir dos caras bien diferenciadas: la una oficial, hartamente publicitada por la superestructura política de la última década.

Es una resolución táctica elaborada por las estructuras del poder que canta el himno final del triunfo del: modelo económico "idealizado. Consiste en la alimentación programada de facilidades, de acciones concretas (con apoyo en los soportes tecnológicos) para el ensanchamiento del universo de elecciones individuales. Esta faz tiene en la diversificación del consumo y en la opción múltiple su aspecto material, y su superestructura y consistencia "espiritual" tanto en Fukuyama y la proclamación del fin de la historia como en la incorporación del capítulo oriente, ecología para todos, liberación sexual y aún más. La cara política, en estas horas un tanto distorsionada reza la eternización del capitalismo tanto como la trashumancia de las almas con igual enjundia y fundamento racional.

La cara paralela, que proviene de lo que anunciamos como posmodernidad natural, proviene de la auténtica voluntad de autonomía individual nacida de fuente modernista en términos ideológicos y filosóficos y, por otro lado, de la reacción alérgica al orden rigorista.

En esta faz, los asuntos relacionales individuales se levantan por todas partes como auténticas catedrales del culto a la personalización. Los grupos de autoayuda, las organizaciones infraintermedias, los movimientos feministas, las técnicas psicológicas, el expresivismo cultural individual manifiesto en la conceptualización de la expresión "artística" "individual como terapia, la liberalización de lo sexual, y toda otra forma de institucionalización de la asistencia a la búsqueda de la propia identidad, son sus manifestaciones concretas más claras.. Por vía de oriente u occidente, desde la palpación de los "chakras" a la popularización del psicoanálisis, todo es validación de la búsqueda ensimismada de las fronteras del *sí mismo*.

Si se la observa con detenimiento, esta faz, que germinalmente da indicios de voluntad de superación y requerimiento de cambio, sin que implique una visualización de un destino inmanente para la

“humanidad”, ciertamente al menos, plantea dudas severísimas sobre la concepción de la posmodernidad como final irremediable de algo y advierte sobre su posible condición de principio, etapa o umbral de una otra instancia diferente.

Queremos avanzar en este sentido del análisis. Las discusiones del tipo Habermas / Lyotard, con toda su riqueza, soslayan a la posmodernidad en su sentido cosmovisional. Se asemeja a una discusión teórica de dos corrientes de pensamiento de la modernidad.

La impresión de una lucha de poderes teóricos entre la vida y la nada, o lo nuevo y lo muerto, que unos y otros proponen, han aportado sin duda los elementos esenciales para advertir la aparición de un tiempo substancialmente diferente, pero dejan de lado el identikit que estamos obligados a practicar como actores reales y palpables de ese tiempo.

Podemos plantearnos a la posmodernidad como final de todos los finales. Podemos considerarlo una mera etapa tardía del capitalismo. También, recurriendo a viejos métodos historiográficos, podemos definirla como un capítulo, aún el capítulo final de la modernidad. En sentido inverso, como especulamos más arriba, también es posible imaginarlo un umbral de otra instancia diferente. Tal vez sea un colchón o etapa transicional hacia otra etapa.

Pero en cualquiera de los casos debemos reconocer estos datos: hay un cambio en el rumbo histórico, mucho más denunciado y notorio que lo que sería una etapa más de innovación estilística. Y, por otro lado, en tanto la característica de la modernidad como veneradora del futuro, conquistadora de los horizontes vía conocimiento, el hoy importa fundamentalmente una legitimación del hedonismo personalizado e individualista sin oposición.

Como puede desprenderse de lo dicho, aquí se prefiere concebir el fenómeno de la posmodernidad como un reordenamiento de valores. Como el resultado de la clonación y miniaturización de valores escogidos y modificados de la modernidad en torno al individuo. Dicho de otro modo, aquí no hay cambio de valores, ni un cambio en el centro valorativo, o si lo hay es infinitamente menos perceptible que la constitución del propio individuo como centro de esos valores. Y estamos hablando no del individuo conceptual y abstracto de la modernidad sino del real y concreto individuo de la posmodernidad sentado a la vera de la historia diseñando su existencia.

Diremos porqué, pero adelantamos que muchas de las características que son principio de organización del universo individual posmoderno prueban lo que aquí aseguramos, especialmente el advertir que cualquiera que sean esos valores, cualquiera que sea el grado de contradicción o el nivel de antagonismo existente entre ellos, el carácter de relación de unidad se lo aporta la atracción del propio individuo como centro.

Respecto de los valores, es la descentralidad y no una centralidad distinta la clave de la diferencia.

Los empeños por encontrar una clave cultural dominante fracasan una y otra vez. Se trata de una metodología modernista para configurar un fenómeno que no es posible mensurar con ninguno de esos instrumentos teóricos. Cuando se advierte esto se cae por primera vez en la cuenta de que nos hemos sentado a mirar con mayor detenimiento la pala con la que estamos practicando la excavación.

Para finalizar este punto: en realidad es la inexistencia de un clave cultural dominante, la descentralidad, el concepto paradójicamente central que se está buscando.

Concebir entonces este tiempo como un reordenamiento de valores obliga a reconocer de otra manera los cambios.

La era de la revolución y del futurismo ha finalizado. Al menos ha cesado. Ya nadie cree en el porvenir radiante ni, como apuntáramos, en un destino inmanente del hombre. En realidad se vive el ya como el siempre.

Hay desaparición del espacio público como herramienta política, cesación de la pugna de clases, y correspondencia de estos datos con la indiferencia de las masas en donde domina el sentimiento de inmovilidad.

La autonomía privada es indiscutible, como derecho esencial, como punto cardinal de todo acontecer.

En tanto, al no proceder cambio de valores centrales, sino reordenamiento de valores en torno a este nuevo epicentro del *sí mismo*, coexisten en contigüidad lo nuevo con lo antiguo en una tolerante y apacible coexistencia sin conflicto.

La cultura de cada tiempo siempre ha sintetizado modelos anteriores y posteriores contemporáneamente a los modelos culturales masivos. La posmodernidad no se ha ocupado de efectuar síntesis, no ha limado asperezas, no ha dimensionado en función de las afinidades, no ha buscado empatías ni bases relacionales, ni sintagmas, ni encadenamientos articulados. Lo que hay es un verdadero edificio superestructural que cobija elementos originalmente modernos con su carácter rígido en forma de extraños binomios compuestos con valores relativamente nuevos y relativamente antagónicos. Se trata de lo que llamamos aquí dicotomías binómicas y articuladas.

Lo ateo agnóstico en contigüidad con el animismo orientalista. Materialismo a la hora de la relación con el mercado y esencialista en forma simultánea.

Exibicionista / porno y con máximo culto a la discreción. Cultura cultora del cambio y la transformación pero retro y veneradora de los buenos tiempos.

Consumista por materialista y ecologista como respuesta panteísta a la concepción del mundo no como manifestación o simbología de lo divino sino como parte constitutiva de la divinidad. (El perro, el gato la estalactita no son una prueba de la divinidad, son parte de la divinidad. Véase la teoría de Gaia, etc.)

Espectacular convencional pero innovadora rupturista en actitudes contrapuestas a favor de la consumación del poder de las estadísticas tanto como del único momento creativo del genio individual.

Natural simple, lineal de trazo, pero sofisticada y rococó.

Y finalmente, sin reconocer pasado ni futuro, no obstante con una pretensión de ambiciosa eternidad.

En ningún caso esas dicotomías binómicas hace conflicto entre sus miembros, como ya mencionáramos. Una cohabitación promiscua de valores etiológicamente antagónicos hace pervivir el sistema en tolerante contigüidad sin siquiera el estupor ético discepoliano denunciado en el "cambalache" de la preguerra. Pero es absurdo pretender una "condena" en dónde no hay deseo, ni inclinación, ni intencionalidad ética.

Esta pérdida del canon temporal, esta duda sobre el sentido del futuro, esta tolerancia e indiscriminación absoluta sobre hechos, ideas y objetos girando sus órbitas en torno al *sí mismo*, produce una profunda banalización de las innovaciones. Lo nuevo vale por su irrupción y no por sus valores inherentes y en tal condición dura lo que dura el instante fugaz de la curiosidad del *sí mismo*.

Ya nadie cree en el porvenir, la gente quiere vivir de inmediato, vivir es vivir de inmediato, hay que conservarse joven, sentirse joven, parecer joven y mostrarse joven. Ser un hombre joven mucho más que un hombre nuevo.

¿Qué cosa puede operar más seducción en el afán de la eternidad que mutar en el cuerpo propio?. Cuerpo que si abandonamos expresará su finitud y no nos dejará ser en libertad.

Dorian Gray por el sólo costo del cirujano. Aunque parezca absurdo, también el grito libertario se escuchará en los quirófanos. Allí se rompen para el *sí mismo* las cadenas personales que lo atan a una papada, a una ojeras, a una edad aparente, a un sexo.

¿Y qué otra cosa entusiasma?

Prácticamente nada. La abulia es un estado en permanencia. Ya ninguna ideología política es capaz de entusiasmar a las masas. La política como asunto del pensamiento y de la acción ha sido reemplazada por las tácticas comunicacionales, el lenguaje publicitario y la estética de la televisión.

Este terreno planteado, el de la superficie de la pantalla, es navegado a diario por el *sí mismo* con la misma intensidad de emociones que suscita la vuelta de Graff a los sets y los detalles macabros de la tortuosa infancia del asesino serial de Boston. De manera que, a poca sorpresa más poco interés, resulta tolerancia sin deseo.

Si algo define con mayor evidencia estas realidades es el hecho de que la sociedad posmoderna carece tanto de ídolos como de tabúes.

El nivel paradigmático ha sido clausurado toda vez que el *sí mismo* no se siente con ganas de dirigirse a ninguna convocatoria en la que él no sea el protagonista.

Y en esto no hay negociación. Cualquier canon, cualquiera referencia impuesta desde fuera, sea como arquetipo, sea como temor es una limitación insoportable. Las limitaciones, por otra parte, son para su ilustrísima: el *sí mismo*, tan reales como desagradables. De manera que la acción es no comprenderlas dentro del escenario de la realización personal. Las limitaciones se concentran en todas aquellas cosas que no son dadas hacer ser o poseer porque se encuentran fuera del gigantesco display de posibilidades ofrecidas en el horizonte de libertad del *sí mismo*. De manera que nada de ídolos y nada de tabúes. Nada de límites dentro de los límites del universo ensimismado.

Soy monarca, pero no Dios. Soy el espejo sin Narciso.

La autoglorificación tampoco es un prospecto.

El *sí mismo* no encuentra en la autocontemplación una satisfacción suprema, es sólo su manera esencial. Aquí disentimos respetuosamente de la tesis generalizada que reemplaza a Hedón por Narciso en la caracterización del nuevo tiempo.

La autocontemplación es, para el *sí mismo*, su manera de acceder a la realidad. La realidad se expresa a través del tamiz del *sí mismo*. Por eso este Narciso de la posmodernidad, a diferencia del original, no puede abandonar el espejo no por estar profundamente enamorado de su propia persona, sino porque el espejo (que es él mismo) se ha constituido en la única manera de abordar la realidad.

Es un narcisismo operacional, que procede a posibilitar el autodiseño de la existencia.

En este nuevo "humanismo" el hombre ya no es la medida de todas las cosas. Cada *sí mismo* en cambio, es la proporción que da sentido a todas las cosas.

Así el vacío planteado por Larsch y rescatado en tanta obra de estos últimos años, nada tiene que ver con el angustiado grito discepoliano. Aquí no hay tragedia, ni Apocalipsis, ni angustia. Es un vacío en el que no se siente ausencia.

El hombre contemporáneo, sujeto a la mediación absoluta, y ejecutor de la mediación absoluta, construye su realidad cotidiana en pos del diseño de su existencia con las mismas categorías que le proponen las tecnologías de mediación.

De la participación a la espectación se pasa cuando la lectura de la realidad como de la historia sale de la plaza del protagonismo colectivo y se enseña en la superficie de la pantalla.

Cuando la realidad deja de ser una imposición a la cual adecuarse o a la cual revolucionar, el actor social se convierte en espectador. Ya no discute con éste o aquél referente, cambia de canal, planea sobre la superficie fragmentada. Pero sin enojo, sin desilusión, sin pasión, sin afecto, puesto que esa porción de

la realidad que desecha, que alterna, que cambia, da sentido a la superficie de la disponibilidad electiva, que es su placer.

Es un espectador que navega, y en el navegar compone con el único criterio sintagmático de la contigüidad en "collage". Ordena sin orden, en el mero ejercitar su derecho a recorrer.

El surf parece el deporte alegórico de este tiempo. Reconocer la superficie posible, leerla, y aceptar pratognóticamente sus leyes de azar y física son los únicos requisitos para andar la superficie al antojo.

Este concepto de superficie, junto con el de alternalidad, contigüidad y los ya referidos de simultaneidad, velocidad y ruptura de la lógica sintagmática no aparecen, a nuestro entender, como modelos o paradigmas en el sentido moderno, sino como efectos y en todo caso formas contagiosas de elaboración de mensajes.

La estética del video clip ha ahondado poco pero ha pringado mucho de la cultura visual contemporánea.

Baste echar un vistazo al cine del 95 al 98 para asistir con claridad meridiana a los cambios de velocidad como requisito indispensable de realización. Si alguien sugiere que esto es fruto de la impaciencia como carácter del receptor posmoderno, desconoce deliberada o inocentemente el carácter aludido.

La sensación de vértigo ya no narcotiza sino que induce a la presunción de libertad de navegación, ensancha el mundo opcional, y autoseduce en el dominio de una mayor superficie. Más que apresar una idea base, el carácter posmoderno prefiere comprimir millones de fragmentos en el menor tiempo posible. El tiempo es oro, hoy más que nunca. El verdadero oro es el tiempo, hoy como nunca.

Nuestro empeño no es el de relacionar forzosamente los medios de comunicación con la cosmovisión posmoderna en términos de influencias mutuas. No es una dialéctica en esos términos. Creemos que se trata de una relación natural más que de un esfuerzo teórico por encontrar su relación.

Decimos esto para no ser irrespetuosos e ingresar en un debate teórico global que se está dando, y que algunos dan por concluido, en el que muy poco tenemos para decir. Preferimos ingresar en pecaminosos ahondamientos propios de la modernidad clásica, y jugar a dibujarle el rostro al decurso de realidades que pasan a gran velocidad ante nuestros ojos.

Decimos en este sentido que las nuevas tecnologías son el soporte material de esta cosmovisión posmoderna. Sociedad mediática y posmodernidad son dos caras de una misma moneda.

La nuestra no es una tentación de someter a la perspectiva corporativa la visión de toda la realidad contemporánea. En todo caso un pecado de tal magnitud es más achacable a otros.

De hecho la tentación de reducir todo el fenómeno de la posmodernidad a una comprensión de estado de la sociedad de consumo es el caso más claro.

Si reduccionismo es la sumisión que una ciencia hace de toda la realidad a sus principios, la visión del materialismo de la sociedad contemporánea en términos meros de sociedad de consumo es reduccionismo.

Sin embargo, distintas y hasta antagónicas diagnósisis han puesto el acento en esta visión de la realidad como ejemplificada en las góndolas de los supermercados.

Posmodernidad / sociedad de consumo encuentran en estas observaciones una cierta relación indisoluble. Aquí postulamos esto como cierto. Hay demasiado consenso en ese sentido. Pero vamos un poco más allá, o mejor dicho un poco más acá en la definición.

Afirmamos que en cierto sentido la posmodernidad es la apoteosis de la sociedad de consumo. Tal afirmación se parece bastante a las sostenidas por las corrientes materialistas, por el propio Jameson y aún por los franceses del postestructuralismo. ¿Cuál es la diferencia?

Advertimos que se ha producido una extensión, una traslación de los principios de la sociedad de consumo al ámbito de lo privado.

Este es nuestro principio de articulación entre sociedad mediática y posmodernidad: la apoteosis de la sociedad de consumo se manifiesta en el consumo que el *sí mismo* hace de su propia existencia a través de los medios masivos de comunicación.

No sólo hay apropiación y cambios en la apropiación a partir de las posibilidades tecnológicas. También (y contemporáneamente) los apetitos del nuevo individualismo han operado profundas transformaciones. Se han extendido como primera medida hasta los sistemas del multimenú interactivo. No con menos vigor se han planteado como un derecho del *sí mismo* en todos los terrenos. Todo, absolutamente todo, se rinde ante la nueva herramienta que miniaturiza y clona infinitamente a la sociedad de consumo en una multiplicidad de esferas en la que se sintetiza lo universal, lo individual y lo privado.

Qué otro encuadre puede justificar sino un cocktail ideológico casi esquizofrénico como el descrito aquí en término de dicotomías binómicas. La oposición dicotómica y la inseparabilidad de los miembros de cada binomio dados en la realidad individual concreta demandan un nuevo intento de interpretación.

Concepciones tan diversas como el ateologismo y el animismo o el agnosticismo y el orientalismo adquieren un tal grado de cohesión en el universo conceptual del *sí mismo* que explica como ha sido tomada por cierta la hipótesis disparatada de la muerte de las ideologías. De igual modo la compatibilidad inaudita para el edificio moral modernista de la discreción y el exhibicionismo porno, o el afán consumista con la voluntad preservacionista del medio ambiente, o la cultura de la innovación por la innovación misma en paralelo al culto retro, todas estas duplicidades convivientes son prueba cabal de la originalidad de la cosmovisión posmoderna.

En primer lugar se advierte nítidamente como lo que llamamos “sistema “ ha mecanizado la conversión de sus oposiciones en productos. Toda vez que aparece en el horizonte un conato revolucionario de fondo el sistema lo absorbe, lo redirige y lo convierte en moda, es decir en modo, o mejor en “way” en el sentido de camino /manera / curso. Esta podría ser una de las maneras de explicar la mutación del fenómeno contracultural de la posguerra (beatnikismo, hippismo, Rock & Roll) en la industria de la sandalia y la mercadización de los afeites, la indumentaria y la música de mediados a finales de los sesenta.

En esta explicación biológica del cambio y la inmovilidad de la cultura a favor del sistema podría comenzar a explicarse la posibilidad de la convivencia de valores etiológicamente antagónicos en razón de la apropiación y conversión que el mismo sistema opera sobre las innovaciones incorporadas.

También, y en otro sentido, se plantea que en general, en la actualidad la producción de bienes ha absorbido a la producción cultural. Dicho de otro modo, de un mejor modo, los mecanismos de producción de cosas han invadido el mundo de la creación de cultura. Y la cultura del mercado ha creado el mercado de la cultura.

La euforia por la novedad, el requerimiento permanente de la innovación (novedad e innovación que son el motor de la continuidad del consumo) imponen la incorporación de las mutaciones estéticas desde la estilística hasta el cambio rotundo en el mismo proceso de producción. Ya no sólo diversificación de productos sino también, y ya como producto en sí, la diversificación de las apariencias. Tamaños módicos, colores personalizados, formas “prácticas”, encadenamiento de ingeniosas aplicaciones, imperio del diseño, del envase, de la presentación, del display.

Las dos aspectaciones se complementan y son, ya que no causas en el sentido etiológico, al menos fundamento (material y fenoménico al mismo tiempo) del diagnóstico que aquí pretendemos.

Sin la interpretación de la “voluntad” del *sí mismo* la explicación se angosta por el camino de las relaciones materiales.

Hay un *sí mismo* oficiando de “scanner”, es decir de consumidor que diseña el producto. Este dato nos acerca el indicio de que en esta última etapa (tal vez parte de la única etapa) de la sociedad de consumo, es la unidad social (el *sí mismo*) la que diseña el consumo, algo más (ya que no nos animamos a decir mucho más) que el sistema de producción diseña el carácter del consumidor.

Este punto se nos presenta como algo más que un mero indicador de las variaciones de las relaciones de producción. Más aún que el perfeccionamiento o apogeo de la sociedad de consumo. Y, si se nos permite, más aún que la modificación del orden material de esa sociedad.

Aquí, en cambio, percibimos con especial nitidez como la diversificación y multiplicación de las posibilidades de elección no solo ha dejado sin efecto los puntos de partida de la cultura moderna, sus modelos, sus axiomas y referencias, sino cualquiera otro que ose siquiera presentarse al *sí mismo* como único y externo al individuo / persona / scanner / consumidor, nuevo e indivisible átomo social en derredor del cual gira un nuevo universo de valores ordenados en múltiples y vistosos displays, y relacionados entre sí por oposiciones opcionales acrílicas y en forma, como ya abundamos, de dicotomías binómicas.

Es la sutura de los no unificables siendo que, como apunta Pablo Fridman, la inestabilidad y la paradoja son los elementos necesarios de la pragmática posmoderna para la construcción de un nuevo saber.

Habrá que plantearse también si la proporción magistral de la superficie electiva es tan ancha como parece.

Dice Manuel Vázquez Montalbán:

“ Aparentemente nunca habíamos tan libres como ahora para repensar la realidad. En cambio, pocas veces hemos estado tan amenazados por la capacidad de un sistema para imponer tan impunemente verdades uniformadoras. Los supermercados de la verdad están llenos de estuches diferentes para un mismo contenido.” Vázquez continúa su reflexión advirtiendo que es posible que se rompa lo que él denomina hipnosis mediática, y que esto puede suceder **“ a poco que haya agentes sociales activistas críticos...”**.

Si en algo no es abundante la oferta en los supermercados de la verdad es en esa mercadería y, para colmo, lo que Vázquez denomina hipnosis mediática parece ser cada vez más una inclinación voluntaria del *sí mismo*, una decisión sin decisiones que parte de un sólo presupuesto universal: no queremos universales.

A esto llaman algunos la caída de la razón moderna, o lo que Lyotard denomina deslegitimación de la modernidad. Si es o no es poco importa a los efectos de la realidad cotidiana insoslayable. Pues parece indiscutible que un principio de utilidad hedonista gobierna una buena parte de las conductas posmodernas. Lyotard también aporta en esta instancia el concepto de legitimación por performance o performativa. Se trata de la legitimación por utilidad. Lo que sirve, lo que es útil. En un esfuerzo respetable, el francés intenta orientar esta situación de correlación entre verdad y eficiencia hacia una legitimación más plena.

Pero hay en ciertos niveles intelectuales una preocupación aparentemente funcional que, sin embargo, remite al temor sobre el diseño del nuevo Ciborg. ¿Qué existencia esta diseñando el *sí mismo*, a dónde desemboca este proceso?.

Antes de entrar con Lipovetsky en el terreno mismo de la descripción del nuevo Ciborg que se presiente, anclamos en la ya mencionada Silvia Austerlic diciendo:

“ La dimensión ética del problema cultural. En el caso de Internet (como paradigma de la informatización y la tecnología) la identidad cultural no es, por cierto, una cuestión meramente tecnológica; sino un proceso que se constituye articulando y construyendo la integración de la

Tecnología con el otro gran polo productivo -en un sentido biológico-, que es la Sociedad, constituida a su vez por las necesidades, recursos y proyectos humanos y, también, los del medio ambiente natural. Dado que la sociedad se moderniza a la par del cambio tecnológico; es justo debatir públicamente la dirección del cambio, expresada, en cada caso, en el sentido del Mal o del Bien.

Por esta razón, este trabajo propone recorrer a una dimensión poco explorada al hablar de tecnología, y es el proceso de naturaleza humana que lleva al cambio social; aquél que, debido a nuestra necesidad ética, a las crisis tecnocológicas y a los medios para sanearla que aporta la presente revolución tecnológica, la sociedad en su conjunto debe elegir protagonizar, si se propone efectivamente hacer uso de la nueva tecnología en beneficio de las comunidades, permitiendo mejorar las condiciones de vida y bienestar etcétera. Entonces Internet sí, como redes de conversaciones para el compromiso y la acción. La reflexión propuesta impone, inevitablemente, su condición interdisciplinaria..." (...) " Podemos inferir, por una parte, que la comunicación está siendo enriquecida por las nuevas tecnologías de acceso al conocimiento; y, por otra, que el nacimiento de una nueva cultura interconectada, producto de la comunicación digital, tenderá a la supresión de barreras geográficas y en ciertos aspectos económicos (aspecto tecnológico) y a la modificación de los valores convivenciales asociados (aspecto sociológico) basado en el desarrollo de compartir solidariamente la información básica en el entorno de las nuevas redes computacionales y autopistas de la información (instrumentabilidad técnica).

El progreso tecnológico de los últimos años se ha derivado, por una parte, de los espectaculares progresos de la informática y, por la otra, de la interpenetración creciente de la informática, las telecomunicaciones y el sector multimedia y audiovisual. Podemos hablar pues de una "revolución digital" que se refleja no sólo en el advenimiento de nuevos materiales y sistemas de comunicación, sino en la aparición de nuevos procedimientos y contenidos. En los umbrales del año 2000, la investigación tecnológica conoce un crecimiento fulgurante y los progresos actuales no son más que la antesala de transformaciones aún mayores, con el advenimiento, a mayor o menor plazo, de la computadora de quinta generación, la inteligencia artificial, los sistemas expertos y el lenguaje natural. La novedad de estos instrumentos, sin embargo, no estriba tanto en la ampliación de la gama de medios de comunicación como en la aparición de un nuevo contenido técnico (integración de la informática, interactividad, paralelismo, inteligencia distribuida, etcétera) que responde a una lógica distinta. Son los propios principios técnicos de estos instrumentos los que les confieren un valor original e inédito. La tecnología de las computadoras, asociada con las telecomunicaciones (informática más telecomunicaciones = telemática) han posibilitado así la extraordinaria virtud de interconexión entre las computadoras personales (PC) configurando una arquitectura tecnosocial particular.

Internet es así una red de computadoras conectadas de modo tal que grandes grupos de grupos o personas puedan comunicarse entre sí, para intercambiar datos y compartir recursos, ofreciendo a sus cada vez más numerosos usuarios con una amplia variedad de interesantes ventajas y posibles aplicaciones. Lo novedoso de esta industria cultural, entre otros aspectos, es la potencial capacidad de reproductibilidad técnica de sus contenidos, lo que incide en forma directa en los costos de producción y criterios de consumo de los productos y servicios ofrecidos por el nuevo mercado de la información. Puede decirse que las redes son las estructuras que fueron tornándose cada vez más posibles gracias al progreso técnico: del correo y telégrafo al avión, la radio, el teléfono, el fax y los medios masivos de comunicación, el mundo se transformó en una inmensa red con cada vez menos barreras a la libre circulación de información. Las actuales posibilidades ofrecidas por la telemática - en la rapidez de la comunicación, la disponibilidad de información y el acceso al conocimiento - pueden dar una extrema eficacia a las redes constituidas con objetivos específicos, así como asegurarles efectivamente plena libertad de circulación de informaciones.

Impacto social del cambio tecnológico

Dicen diseñadores de la Open University inglesa: "Probablemente esté usted familiarizado con la idea de que el cambio tecnológico (que por ahora definiré como un cambio en la gama de tecnologías disponibles) tiene consecuencias sociales. Comúnmente estas consecuencias se ven

en términos de los efectos inesperados o indeseados que se producen cuando se introduce un nuevo producto, técnica o sistema en la sociedad.”

Todo coincide en señalar que la virtualidad y el diseño conceptual que incorporan las nuevas tecnologías no solamente han reformulado la mediación social, es decir rediseñado la relación interpersonal, intergrupala, etc., sino que, además, esta rediseñando (o mejor dicho permitiendo que el *sí mismo* diseño / rediseño) una nueva entidad humana.

El despliegue técnico e industrial de la informática se produce a expensas del criterio liberal moderno de que el individuo es la única y última unidad política, y si bien ese criterio fue robustecido originalmente, hoy podemos asegurar que lo ha superado. Que el individuo posmoderno, que el *sí mismo* como aquí lo definimos, sea capaz de sentarse a diario a “ diseñar ” su existencia por medio de estas nuevas herramientas es una superación en esencia del individualismo convencional y del liberalismo de la modernidad. ¿Existe otra apoteosis posible del individualismo que la de diseñar la propia realidad individual seleccionando de aquí y allá en el extendido universo de elecciones?

¿Y qué puede temerse o mal augurarse trazando las líneas obligadas de esta perspectiva?

Observemos lo que vaticina Lipovetsky:

“ La autoconciencia ha sustituido a la conciencia de clase, la conciencia narcisista substituye la conciencia política, substitución que no debe ni mucho menos interpretarse como el eterno debate sobre la desviación de la lucha de clases. ” (...) “ Al hacer del Yo el blanco de todas las inversiones, el narcisismo intenta ajustar la personalidad a la atomización sibilina engendrada por los sistemas personalizados. Para que el desierto social resulte viable, el Yo debe convertirse en la preocupación central. Se destruye la relación interpersonal. Qué más da, si el individuo está en condiciones de absorberse a sí mismo. De este modo el narcisismo realiza una extraña humanización ahondando en la fragmentación social. Solución económica a la dispersión generalizada, el narcisismo, en una circularidad perfecta, adapta el Yo al mundo en que nace. El amaestramiento social ya no se realiza por imposición disciplinaria ni tan sólo por sublimación, se efectúa por autoseducción. El narcisismo, nueva tecnología de control flexible y autogestionado, socializa desocializando, pone a los individuos de acuerdo con un sistema social pulverizado, mientras glorifica el reino de la expansión del Ego puro.”

Si el prospecto lipovetskyano parece agorero en el rescate de estos párrafos, la advertencia antiutópica de los siguientes es rotunda:

“ Las conciencias ya no se definen por el desgarramiento recíproco. El reconocimiento, el sentimiento de incomunicabilidad, el conflicto han dejado paso a la apatía y la propia intersubjetividad se encuentra abandonada.

Después de la deserción social de los valores e instituciones, la relación con el Otro es la que sucumbe, según la misma lógica, al proceso de desencanto. El Yo ya no vive en un infierno poblado de otros egos rivales o despreciados, lo relacional se borra sin gritos, sin razón, en un desierto de autonomía y de neutralidad asfixiantes. La Libertad, como la guerra, ha propagado el desierto, la extrañeza absoluta ante el otro. “ Déjame sola ”, deseo y dolor de estar sólo. Así llegamos al final del desierto. Previamente atomizado y separado. Cada uno se hace agente activo del desierto, lo extiende y lo surca, incapaz de “vivir ” el otro. No contento con producir el aislamiento, el sistema engendra su deseo, deseo imposible que, una vez conseguido, resulta intolerable: cada uno exige estar sólo, cada vez más sólo y, simultáneamente, no se soporta a sí mismo, cara a cara. Aquí el desierto ya no tiene ni principio ni fin.”

El proceso de apropiación de valores dio paso al proceso de adecuación de esos valores al tamiz individual, y el proceso de adecuación ensanchó la base operacional del proceso de personalización creciente. La mediatización de la sociedad y la multiplicación de las nuevas tecnologías están haciendo el resto. ¿Será el “ resto ” un anuncio tan abrumador?

Pero, dejando las preguntas finales para quién pueda responderlas preferimos atacar una más inmediata.

¿Cuál es el eje divisorio entre el ser hiperlibre de la promesa utópica de Lyotard y el autismo tecnoadministrado de la previsión antiutópica de Lipovetsky ?. Un eclecticismo a esta altura puede parecernos un analgésico en la mitad de una sesión de tortura.

La virtualidad es una habitación paralela construida contiguamente a la realidad.

Es, por definición, la reunión de los datos sensoriales que bien podría aportar la realidad en un flujo simulado a partir de dispositivos tecnológicos funcionando en interfase con nuestros sentidos.

La virtualidad es una representación con otra más o menos grosera intervención espectadora /actora de los sentidos, con otra más o menos precisa configuración de abstracciones, con otra más o menos trascendente capacidad de desarrollo metafórico. Y está siendo construida por el hombre, por el Ciborg, por el *sí mismo*, el abrumador abrumado ser ensimismado que somos.

Se construye sin paradoja desde el poder y desde la impotencia, desde la pasiva inacción y desde el ejercicio, desde la aceptación y el requerimiento, desde los dos lados del mostrador del mercado.

Se construye desde lo que se sueña hasta lo que se inventa, desde la reafirmación de las audiencias con su carga de aceptación por la vulgaridad y la demagogia hasta la innovación rupturista, iniciadora, futurible. Esta virtualidad es una instancia superior a la virtualidad de las palabras que representan objetos y seres objetivables, pero también entidades humanas del tiempo moderno y premoderno, ideas, abstracciones, representaciones, teorías. Pero con todo, en esencia, una y otra virtualidad son la misma cosa.

La posmodernidad, concentración mayúscula de licores virtuales es, con toda su seductora apariencia de elixir y su atemorizante consistencia de veneno borgiano, finalmente un vino. Un vino arduo, distinto de todos, no provoca sed, no incita deseo y no puede dejar de beberse. Un vino que se bebe como agua, con el que no se brinda ni se festeja nada. Un humanismo que quiera sobrevivir estos tiempos tendrá que contar con buen hígado y mejor paladar.

El Ciborg tiene prototipo

Cuando Ortega sentenció el prototipo del hombre masa en la figura del científico plantó las bases de un análisis de las cosmovisiones a partir de prototipos.

La comprensión abundante del universo microscópico del científico (conocedor severo de pocas cosas e ignorante profundo del resto) se trasladaba en actitud al terreno de las mayorías, convivientes con un universo cultural que desconocían y usaban con igual impudor. La máquina cuyo conocimiento le era ajeno constituía el paisaje del hombre masa con naturalidad y sin interrogantes.

Ortega ha sido tal vez quien primero detectara este mundo sobreviniente de la posmodernidad, y en alguna medida este prototipo no paradigmático que contamina toda la conducta colectiva determinado en el científico de la preguerra sirve como modelo de análisis al nuevo prototipo no paradigmático de la posmodernidad: "el comunicador".

No arquetipo, pero sí sujeto de veneración, "el comunicador" sustancia intelectual y emocionalmente una alta concentración de rasgos del hombre ensimismado de la posmodernidad.

La secuencialidad de la información a la que es sometido cotidianamente le hace rasar las diferencias y las intensidades, la valoración se produce en orden a la duración, los órdenes de preeminencia se producen en el interior de cada fragmento: título, avance, venta, texto y huida a otro fragmento antes de que se disipe la atención. Los movimientos de tropas de Sadam se alternan con la

bullas callejeras de los travestidos liberados de los edictos policiales, una paralela virtual establece relaciones entre el curso de los misiles con el del cenicero impactando en Roviralta.

La vida no es un transcurrir de acontecimientos frente al cual pararse a interpretar según un orden valorativo externo. La verdad sociológica se impone como regla de diseño y contra eso poco puede hacerse. La secuencia y la superficie requieren su alimento, el fogonero mediático mueve la pala sobre la pila del carbón informativo, y la máquina hace girar otra vez la rueda excéntrica.

Como el científico de hace cuarenta años, el comunicador hoy patentiza con diferencias individuales y resistencias casi heroicas al modelo impuesto, la esencia ensimismada. Nada que no suceda en los medios sucede realmente, la realidad tiene un único mediador y ese es su requisito, su garantía, su *raison d'être*.

Moderado tanto por las esencias de las religiones como por los principios ácratas y libertarios de su antecesor de las redacciones, y aún por los preceptos inculcados del humanismo, nada parece serle propio ni ajeno.

La representación mediática es realización concreta, la mediación social es asumida casi ritualmente. Un sacerdocio autoimpuesto es administrado con responsabilidad de función y sin autoanálisis, en una deliberada deriva entre el snob y la absoluta certidumbre de un protagonismo indelegable.

Éste parece ser el "héroe" contemporáneo, algo que ver con el modelo clásico de héroe invicto. Especialmente por su pretendida perfección en el sentido de "pureza" clásico. Héroe que tiene poco que ver con el mal predestinado héroe trágico del período romántico, aunque las infortunadas cercanías con el poder se cobren vidas y sean más notable en él la victimación, el abuso y la impunidad que signa la vida societaria. En realidad, y para ser justos, el héroe contemporáneo no se debate ante ninguna encrucijada, su perfil escénico es todo su perfil. Todo lo que se ve de él en la pantalla es lo que puede verse. Se trata en primera y última instancia de un *sí mismo* apenas destellante en la sociedad de los *sí mismo*. Y esto a su pesar, porque el ensimismamiento amenaza siempre con un derrocamiento y porque no permite nada que se parezca siquiera remotamente a una entidad relevante.

De la misma forma en que el mass media se ha digerido la totalidad formal y ha invadido el contenido del mensaje, los preceptos comunicacionales de las nuevas tecnologías se están deglutendo al comunicador.

La parte humana y carnal del ciborg se ve sometida diariamente al imperio de la fugacidad reinante. A veces el temor de la muerte anticipada, la muerte mediática propiciada por el descarte y la desaparición de la pantalla, se deja entrever como una mueca aterradora debajo del *panqueq* del maquillaje.

Conclusión

La Dictadura del Sí mismo

Si lo que reunimos aquí propio y ajeno organizando nuestra idea del hombre que somos es cierto, la humanidad esencial que habita el planeta está escindiéndose en especies demasiado diferenciadas y va rumbo a ampliar esa brecha abismalmente.

Bucear identidades entre el orientalista navegante de las WEB, el habitante del oriente geográfico que repasa los circuitos de la bomba que ha atado a su cuerpo y los millones de africanos sin África para quienes la vida y la muerte están ya casi fuera de la conciencia, parece una tarea infructuosa. Pronto los espacios estelares se achicarán proporcionalmente al agigantamiento que el propio terrígena está abriendo entre quienes, alguna vez, fueran sus semejantes, y encontrarán "otras formas de vida" que le permitirá, por contraste y oposición, saber algo más sobre la "condición humana".

En tanto el ecologismo ensimismado pena por el futuro del Panda, doscientas etnias a las que jamás tuvimos el honor de conocer han desaparecido del planeta, tan poco humanos que sólo han dejado como huella en la historia su número en un parte médico o en un parte militar.

Fernando Savater anuncia que una ética universal centrada en aquello que todos tenemos en común terminará reordenando las éticas y morales dispersas en los diferentes barrios suburbanos de la “ aldea global”. Lyotard propugna un orden posterior a la agonía final de la modernidad. Habermas desespera y milita por una reacción al abandono de los “ principios de la racionalidad”. Es decir: las utopías han vuelto a estar de moda. Y en cierta medida tienen éxito y aceptación en la propia cosmovisión ensimismada. Tal vez como lo tenía el cine romántico hollywoodense de posguerra en plena crisis de la pareja y de la institución matrimonial.

Sin embargo, en tanto el sí mismo ordene las reglas de su autorealización a partir de la herramienta formidable de los mass media y, especialmente, de las nuevas tecnologías; en tanto el sí mismo continúe asentando en su torno la organización de los valores a partir de la nivelación del criterio de jerarquías y reserve el nivel de sus emociones a la pura secuencialidad, difícilmente cualquier utopía entronice en el corazón del universo ensimismado.

Las utopías son, finalmente, proyectos. Y los proyectos son edificios intelectuales levantados con el músculo del ánimo. No hay de esos albañiles en el horizonte.

Una fatiga existencial acompañada de desinterés por el destino es compensada en el nivel de las emociones por un arrobado deseo de resolver lo presente. Cuando se está en eso, puro ensimismamiento, la unidad de medida del tiempo detenido, que es el sí mismo, concentra todos los poderes de la humanidad sin ejercer ninguno que lo lance al futuro.

Es la dictadura instalada, con el dictador sometido por propia voluntad a mirar la realidad desde un espejo tecnológico en el que construye su propia imagen, como un dios loco, a su propia semejanza.

Bibliografía

Adorno, Th., Televisión y Cultura de Masas, Ed. Universitarias, Córdoba, 1966.
- **Teoría Estética, Ed.Orbis, Madrid, 1983**

Cohn, G., Teoría e Ideología en la comunicación de masas, Lenguajes, Buenos Aires, 1971.

De Fleur, M., Teorías de la comunicación masiva.

Mattelart, A., Agresión en el espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites, De. Tercer Mundo, Santiago de Chile, 1973.

- **Los medios de comunicación de masas en un proceso revolucionario, Los Libros, Buenos Aires, 1971.**

Mc Quail, D., Introducción a la teoría de la comunicación de masas, Paidós Comunicación. México 1996.

- Moragas Spa, M., Semiótica y comunicación de masas, Ed.Península, Barcelona 1980.**
- Wright, Ch., Comunicación de masas, Paidos, Buenos Aires, 1973.**
- Bateson, G., Pasos hacia una ecología de la mente. Carlos Lohé De., Buenos Aires, 1976.**
- Austerlic, Silvia., Las nuevas redes de conversación y su impacto en el medio ambiente humano y social; posibilidades y desafíos.
INTERNET.**
- Bebchuk, J., La conversación terapéutica, Planeta, Buenos Aires, 1994.**
- Jameson, F., Ensayos sobre el posmodernismo, Ed. Imago Mundi, Buenos Aires 1996.**
- Lipovetzky, G., La era del vacío, Anagrama, Barcelona, 1986.**
- Maturana, H., El sentido de lo humano, Hachette, Santiago de Chile, 1992**
- Adorno, Th., Teoría Estética, Ed.Orbis, Madrid, 1983**
- Cazeneuve, J., Sociología de la radio y la televisión, Paidos, Buenos Aires, 1967.**
- Mattelart, A., Agresión en el espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites, De. Tercer Mundo, Santiago de Chile, 1973.**
- Moragas Spa, M., Semiótica y comunicación de masas, Ed.Península, Barcelona 1980.**
- Young, K., Psicología Social de la propaganda, Paidos, Buenos Aires, 1969.**
- Liotard, Jean Francois., La Condición posmoderna y Defining the posmodern, Diario de la Universidad de Manchester, 1986 y ICA Documents, Free Association, Londres 1989.**
- Berman, Marshall., Brindis por la modernidad, Verso, 1983.**
- Benjamin, Walter., Charles Baudelaire : Un poeta lírico en la era del alto capitalismo, Verso, 1983.**
- Vattimo, G., El fin de la modernidad, Planeta, Barcelona, 1994.**
- Woolley, Benjamin., Ficción y Virtualidad, Blacwell Publishers, Oxford, 1992.**
- Stuart Mill, John ., Sobre la libertad. El utilitarismo. Ed. Orbis, Aguilar. 1980.**
- Velázquez Delgado, Jorge., El horizonte problemático de la modernidad, Departamento e de Filosofía, UAM Iztapalapa.**
- Diviani Ricardo, Posmodernismo y Medios de comunicación.
INTERNET.**
- Habermas, Jürgen., Modernidad un proyecto incompleto , aparecido en El debate sobre modernidad posmodernidad, 1989, E. Puntosur.**
- Huysen, Andreas., Guía de la posmodernidad , aparecido en El debate sobre modernidad posmodernidad, 1989, E. Puntosur.**

Fridman, Pablo Un debate que se da de hecho: Psicoanálisis vs Postmodernismo. INTERNET

Bonsiepe Gui: Las Siete columnas del Diseño. Unidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México, 1993.

Bronstein Victor, Gaillard Juan Carlos y Piscitelli Alejandro: Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales. Secretaría de Publicaciones - Facultad de Ciencias Sociales - UBA, Buenos Aires, 1996.